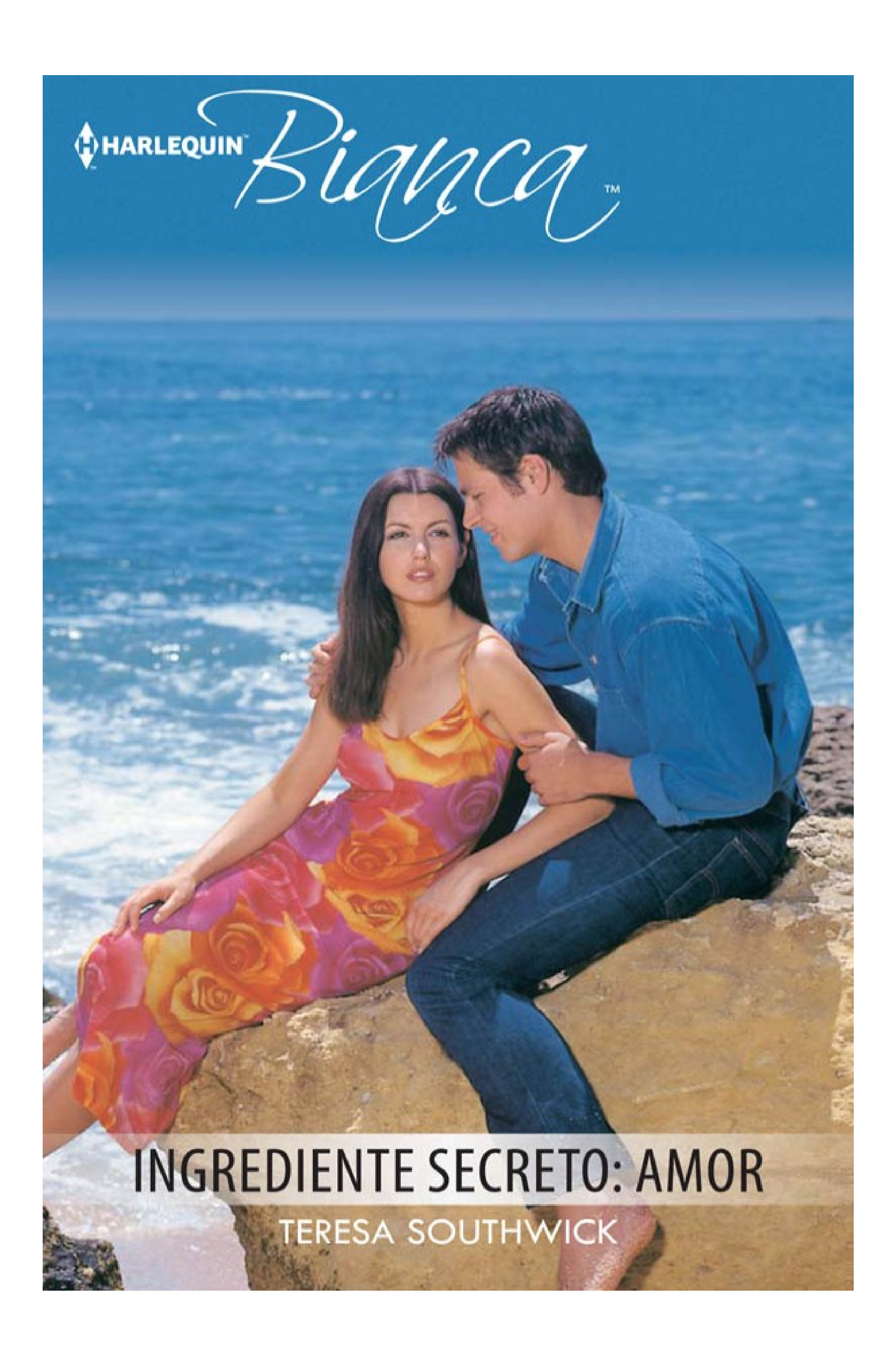

HARLEQUIN
Bianca
INGREDIENTE SECRETO: AMOR
TERESA SOUTHWICK

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Ingrediente secreto: amor, n.º 1248 - febrero 2016
Título original: Secret Ingredient: Love
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N: 978-84-687-8036-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Capítulo 1

EL CAMINO para llegar al corazón de un hombre pasa por su estómago».

Mientras terminaba de limpiar la cocina, Fran Carlino recordó la llamada de su madre la noche anterior y sus irritantes palabras. Ella no estaba buscando el camino para llegar a un hombre. No estaba buscando un hombre. Y punto.

Agotada, se dejó caer sobre su sillón favorito. De profesión jefe de cocina, estaba a punto de terminar su contrato con una gran empresa dedicada a la elaboración de potitos naturales. Era un buen trabajo, pero tendría que buscar algo más estable porque ser autónomo es algo muy inseguro cuando se tienen muchas facturas que pagar.

Ese tipo de ocupación era solo algo temporal porque sabía lo difícil que era para las mujeres el trabajo en la hostelería. En la escuela de cocina, se había sentido halagada cuando el chico más guapo se fijó en ella. Pero al final resultó que la había usado para medrar. Colin solo quería saber el ingrediente secreto de una receta suya que había impresionado a los profesores. Después de eso, con el corazón roto, Fran había descubierto que no había lugar para el amor en la cocina. Ni en su vida.

Su objetivo era tener un restaurante propio, donde ella pudiera tomar las decisiones.

Tomando el periódico, empezó a pasar las páginas buscando la sección de anuncios y, con un rotulador rojo, marcó los que buscaban jefe de cocina, aunque no había nada demasiado interesante.

–Ya saldrá algo –se dijo a sí misma.

El timbre de la puerta sonó en ese momento y Fran se sobresaltó. No esperaba a nadie.

Cuando miró por la mirilla, vio a un hombre alto y moreno.

Aparentemente, no llevaba armas. Debía ser un vendedor, pensó. Ella no quería comprar nada, pero decidió abrir porque le parecía una grosería dejarlo en la puerta. Además, y su padre habría usado aquello para insistir en que necesitaba un hombre que la protegiera, el vendedor llevaba gafas.

¿Cómo iba a ser peligroso un hombre con gafas?

Fran abrió la puerta, sin quitar la cadena.

Por si acaso.

–¿Sí?

–¿Fran Carlino?

–Soy yo.

–Me gustaría hablar con usted.

–Eso es lo que dicen todos los psicópatas. O los vendedores. Mire, vamos a abreviar, no estoy interesada en comprar nada, así que no pierda el tiempo conmigo. Adiós.

Fran intentó cerrar la puerta, pero el hombre se lo impidió poniendo el pie.

–Espere. No soy un vendedor. Tengo una cosa para usted.

–Sí, ya, eso dicen todos. Déjeme cerrar la puerta o...

–Soy Alex Marchetti.

–Pues me alegro mucho.

El nombre le sonaba, pero no sabía de qué.

–Mi hermana, Rosie Schafer, me pidió que le devolviera esto –dijo el hombre entonces, mostrándole dos tazas que llevaba en una bolsa.

Rosie era su amiga, la propietaria de una librería cuya hija, Stephanie, estaba probando los potitos naturales que ella elaboraba. Rosie había mencionado alguna vez que tenía hermanos, pero nunca le había dicho que tuviera uno tan guapo. Fran estaba a punto de quitar la cadena, pero se lo pensó mejor al recordar el caballo de Troya. No sabía qué tenía eso que ver con el hermano de Rosie, pero le daba igual.

–No tenía que traérmelas. Le dije a Rosie que me pasaría por la librería.

–Si me abre la puerta...

–Mejor deje la bolsa en el suelo.

Fran no sabía si maldecir o bendecir a su padre por haberla hecho tan desconfiada.

–No tendrá miedo de mí, ¿verdad?

–¿Cómo voy a saber que es usted quien dice ser? –preguntó ella, sin disimular sus recelos.

–Mire, voy a enseñarle mi documento de identidad –dijo el hombre, sacando la cartera.

La fotografía le hacía justicia. Pero era difícil fallar con tan buen material. La descripción decía que el hermano de Rosie medía un metro ochenta y siete, pesaba ochenta kilos, tenía el pelo moreno y ojos marrones.

–Muy bien. Eres Alex Marchetti –dijo Fran, tuteándolo.

–¿Vas a abrirme la puerta? Si esto no es suficiente para ti, tengo una propuesta que hacerte.

–Mi padre me ha advertido sobre ese tipo de «propuestas».

Un millón de veces. Y cuando Leonardo Carlino se callaba, seguían sus cuatro hermanos.

–Me refería a un trabajo.

Eso despertó su interés. La familia de Rosie era propietaria de una cadena de restaurantes y como estaba a punto de quedarse sin trabajo, no tenía nada que perder escuchándolo.

–Muy bien. Entra.

–Gracias.

–Díme –dijo Fran, cerrando la puerta tras ella.

–Mi hermana me ha dicho que eres jefe de cocina y que tienes un talento especial para encontrar ingredientes que mejoran cualquier receta –empezó a decir Alex, dejando la bolsa al lado de la puerta–. Incluso dice que puedes hacer que las coles de Bruselas sepan deliciosas.

–Estoy orgullosa de decir que aún no he tenido ninguna queja.

Él sonrió y Fran estuvo a punto de perder el equilibrio. Los vatios de aquella sonrisa podrían iluminar el corazón de una chica las veinticuatro horas del día. Quizá incluso cuarenta y ocho. Corrección: cualquier chica, excepto ella.

Pero incluso Fran tenía que admitir que Alex Marchetti parecía un modelo.

Las gafas le daban un aire muy atractivo. Y los pantalones y la camisa blanca le quedaban como si estuvieran hechos a medida. Sobre todo, porque llevaba las mangas subidas hasta el codo, mostrando unos fuertes antebrazos cubiertos de vello oscuro.

Alex Marchetti era precisamente el tipo de hombre al que Fran era especialmente vulnerable.

Y precisamente por eso, estaba a punto de darle las gracias por llevar las tazas y pedirle que se fuera. Pero aún no le había contado lo del trabajo.

–Iba a tomar una taza de té. ¿Te apetece?

–No, gracias.

Alex se quedó del lado de la cocina que daba al salón, mientras ella ponía la tetera al fuego.

–¿Seguro que no quieres un té?

–Seguro –contestó Alex, apoyando los codos en la repisa–. Mi hermana me ha dicho que estás trabajando en la elaboración de potitos naturales y que son buenísimos. A mi sobrina le encantan.

–Espero que sea verdad. Desgraciadamente, no puedo recibir una respuesta directa de mis pequeños consumidores –dijo Fran. Alex sonrió. Estupendo. También tenía sentido del humor–. ¿Qué más cosas te ha contado Rosie?

–Que tienes muy buen gusto.

–Tu hermana es muy simpática.

Al volverse, comprobó que él la estaba mirando de arriba abajo. La mirada de admiración masculina hizo que se preguntara si los hermanos Marchetti realmente habían estado hablando de sus recetas. Y también hizo que su corazón se acelerase un poco.

–Yo creo que es verdad. Aún no he probado tu comida, pero me gusta mucho tu apartamento.

–Gracias –sonrió Fran, tontamente emocionada–. Pero tengo la impresión de que Rosie no estaba hablando de mis recetas ni de mis muebles cuando te dijo que tenía buen gusto.

Alex levantó una ceja.

–Veo que eres muy perceptiva. De hecho, mi hermana me contó muchas cosas sobre ti, como que medías un metro sesenta, que tenías los ojos de color castaño claro, enormes y preciosos, algo en lo que yo estoy de acuerdo, por cierto. También me dijo que eras sensata, llena de curvas, muy guapa y...

–Si sigues así voy a tener que echarte –lo interrumpió Fran.

–Vale. Pero es verdad. Por eso tuve que preguntarle qué tenía todo eso que ver con tu habilidad como jefe de cocina.

–Ah, menos mal que te habló de mi trabajo.

–Me dijo que los potitos que habías creado eran sencillos y muy naturales. Y a mí me gustaría saber si has hecho algo más que comida para niños.

–He trabajado en una línea de bollería sin grasa y en sopas de sobre naturales.

–¿No hay que poner aditivos en los potitos naturales?

–No hace falta. Se preparan y se congelan. El secreto es la sencillez. Con los ingredientes naturales, uno siempre gana. Y los niños los digieren muy bien.

–Parece lógico. Un niño que llora mucho después de comer no es buena publicidad.

–¿Sabes mucho de publicidad? –preguntó Fran, sacando una taza.

–Soy director del departamento de investigación y desarrollo de la empresa Marchetti.

–Oh –murmuró ella–. Entonces, ¿de verdad vienes a hablarme sobre un trabajo?

–Sí. Aunque, en realidad, estoy aquí por dos razones.

–¿Dos? Eso me intriga.

–La primera es que estoy buscando un buen jefe de cocina para lanzar al mercado una marca de comida congelada. Quiero vender los productos Marchetti por todo el país.

La tetera empezó a pitar y Fran echó el agua hirviendo en su taza.

–Es una proposición emocionante.

–¿Sabes que esa industria mueve cuatro mil millones de dólares al año?

No, pero sí sabía lo increíblemente guapo que era Alex Marchetti cuando se ponía intenso.

–Pues habrá que vender muchos guisantes congelados.

–Exactamente. Mi padre abrió el primer restaurante Marchetti, mi hermano mayor, Nick, consiguió abrir una cadena y yo pienso hacer lo mismo, pero en diferente dirección.

Fran apoyó los codos sobre la repisa.

–¿El síndrome del segundo hijo?

–¿Perdón?

–Sufres el síndrome del segundo hijo. En la Edad Media, el primer hijo heredaba el castillo y el segundo se quedaba a verlas venir. Nick consiguió abrir una cadena de restaurantes y tú estás diciendo: «Eh, que yo también estoy aquí».

Alex la miró, sorprendido.
–Hay un error en esa teoría.
–¿Cuál?
–Que soy el tercero.
–Ah. Cualquier hijo después del primero y el segundo, solo sirve para tirarlo a la basura. Olvídate.
¿Por qué sentía aquel absurdo deseo de tomarle el pelo? Quizá porque era muy serio. O quizá serían las gafas. Pero sobre todo porque la atracción que sentía por él era desconcertante.
–Entonces, ¿debo tirar la toalla y vagar por las calles, privado de mis derechos? –sonrió él por fin.
–Me temo que sí. Estás compitiendo por tus derechos en el castillo, pero no tienes nada que hacer –rio Fran.
Alex estaba observando cómo ella metía la bolsita de té en el agua y Fran se preguntó si estaría pensando meterla en algún otro sitio. Como en su boca, por ejemplo. Y no podría culparlo.
–Creo que tu teoría es muy interesante. Incluso cierta.
–¿De verdad?
–Si el síntoma es querer la aprobación de mis hermanos, me temo que sí.
–Ajá –murmuró Fran. A ella le pasaba lo mismo–. Pues buena suerte.
–¿Tú tienes hermanos?
–¿Que si tengo hermanos? ¿Cuatro te parecen suficientes?
–Ahora entiendo por qué Rosie y tú sois tan amigas –sonrió Alex.
–Sí, la verdad es que hablamos muchas veces sobre las tribulaciones de tener un padre y varios guardaespaldas.
–Entonces, tú también sufres el síndrome del segundo hijo –observó él.
–Entre otras cosas.
–¿Como qué?
–Como el matrimonio y los hijos. Para las mujeres, eso no ha evolucionado mucho desde la época feudal.
–¿Qué quieres decir?
–Que las mujeres se dejan las manos trabajando para que su marido y sus hijos sean felices y lo único que consiguen es casa, comida y ropa.
–¿No crees que estás exagerando? Mi madre y mi hermana creen

que la familia y la maternidad son cosas muy bonitas.

–Estoy exagerando un poco. Pero a mí me parece más servidumbre que otra cosa. Siempre le digo a mi madre que haga algo con su vida, pero ella insiste en que está muy a gusto y que la deje en paz. Pero yo creo que no recibe ninguna recompensa, así que no pienso seguir sus pasos. Para irritación de mi padre.

–¿No le hace gracia que seas tan independiente?

–Él cree que el sitio de una mujer está en su casa, cuidando de su marido y sus hijos. Incluso quería que fuera maestra.

Una sombra cruzó las facciones de Alex y Fran se preguntó qué había dicho.

–¿Por qué maestra?

–Porque es una buena profesión para una madre. Tienes las mismas vacaciones que los niños, los mismos horarios...

–¿Y qué hay de malo en eso?

–Para empezar, que era idea suya, no mía. Y...

Alex levantó una mano para detenerla.

–Esto promete ser una larga historia. ¿Te importa si nos sentamos?

–Claro que no. Perdona.

Fran solía ser una chica muy bien educada, pero el atractivo de aquel hombre no parecía dejar sitio en su cerebro para muchos pensamientos racionales y menos para las buenas maneras.

Cuando Alex se volvió, no pudo evitar mirar su trasero. Las revistas femeninas llevaban años hablando sobre los traseros masculinos y Fran nunca había sabido por qué. Hasta aquel momento. Era reconfortante saber que tampoco ella era inmune.

Alex Marchetti llenaba los pantalones de la mejor manera posible y estaba segura de que sería un fenómeno en vaqueros. Probablemente, estaba sentado tras un escritorio todo el día y no era justo que tuviera un trasero tan alto y apretado.

Él suspiró mientras colocaba su atractivo trasero en el sillón.

–Es cómodo.

–Sí. Era de mi abuela –sonrió Fran, sentándose en el sofá, frente a él–. Murió hace un par de años. Era mi abuela favorita, la que financió mi rebelión.

–¿Rebelión?

–Me pagó la escuela de hostelería. Mi padre se negaba. Decía que,

si quería cocinar, lo que tenía que hacer era cocinar para mi marido.

–Ah. ¿Y a qué escuela fuiste?

–San Francisco.

Alex levantó una ceja.

–Buen sitio. ¿Echas de menos a tu abuela?

–Todos los días –suspiró Fran–. Por eso me gusta tanto ese sillón. Me gusta tener algo que me la recuerde.

–¿Quieres que te dé una opinión de psicólogo aficionado?

–No.

–Pero tú lo has hecho antes con lo del síndrome del segundo hijo –protestó Alex.

–Vale, no volveré a hacerlo. ¿Trato hecho?

–Trato hecho –sonrió él, ofreciendo su mano.

Al estrecharla, Fran sintió un escalofrío. Si hubiera sabido las sensaciones que iba a despertar la mano del hombre, se habría metido la suya en el bolsillo.

No quería sentirse atraída hacia él. No era nada personal, pero tras el desastre de Colin, no estaba interesada en los hombres. Especialmente, en uno que se dedicaba a la hostelería.

¿Por qué había tenido que observar por la mirilla?

Por curiosidad, se dijo.

Eso le recordó que había una segunda razón para su visita.

–¿Y cuál es la segunda razón por la que estás aquí?

–¿Perdona?

–Has dicho que tenías dos razones para venir. La búsqueda de un jefe de cocina es una. ¿Y la segunda?

–Mi hermana cree que tú serías la mujer perfecta para mí.

Capítulo 2

Y POR QUÉ crees eso? –preguntó Fran, sorprendida–. ¿Porque soy jefe de cocina?

–Sí.

Alex se percató de que parecía a la defensiva. Llevaba muchos años en el negocio de la hostelería y sabía que las mujeres lo tenían más difícil que los hombres, sobre todo en los restaurantes de cinco tenedores. Y no podía culparla por sentirse ofendida.

–Qué risa.

–Si fueras un hombre, esto no pasaría.

–Ya –sonrió Fran–. ¿Y por qué está Rosie buscándote pareja?

–Porque es una romántica.

–Ya. Pero supongo que un hombre con tu aspecto no tiene problemas para encontrar novia.

Había hecho aquella observación sin evasiva o embarazo ninguno. Una mujer que busca marido no habría sido tan directa.

Alex la encontraba encantadora.

Más que eso. Cuando Fran se puso un dedo en el labio inferior, se preguntó a qué sabría. Aquel pensamiento lo sorprendió. Nunca había sentido una atracción tan repentina. Nunca, excepto con Beth, se recordó a sí mismo. Un sentimiento de culpa lo invadió entonces, seguido de un dolor que había dejado de ser fiero, pero que seguía en su corazón cada vez que recordaba lo que había perdido. Un amor así solo aparecía una vez en la vida. Había encontrado a la mujer perfecta, pero el destino le había arrebatado la posibilidad de envejecer juntos.

Y el destino no tendría una nueva oportunidad de darle una patada.

–Yo no estoy buscando pareja.

Los ojos de Fran brillaron, curiosos, pero no le hizo ninguna pregunta.

Cada vez le gustaba más.

–Supongo que es por eso por lo que Rosie te está buscando novia. Eres un reto. Lo que no entiendo es por qué ha pensado en mí.

–Supongo que porque te encuentra inteligente, buena y guapa –suspiró Alex.

Y tenía que admitir que Rosie había tenido razón sobre eso. Lo que su hermana no le había dicho era que Fran Carlino era, además, una mujer muy seductora. Tenía una sonrisa muy bonita y unos labios generosos, suaves. Labios para besar.

–Tu hermana es un cielo.

–No, es verdad. Eres muy atractiva, Fran.

–¡Corazón mío, detente! –exclamó ella entonces, poniéndose la mano en el pecho–. Menuda frase para enamorar a una mujer. No sé si creerme que no estás buscando novia.

–Pues es la verdad.

Había tenido su oportunidad y no funcionó. Fin de la historia.

–Si sabías que Rosie quería emparejarnos y no estás interesado, ¿qué haces aquí?

–Ella me dijo que no podría conquistarte y quise saber por qué.

–Ah. Un estratega, ¿no? Pues ha funcionado.

–¿Qué ha funcionado?

–La psicología inversa.

–Habíamos prometido no más psicología de aficionado, ¿recuerdas?

–Se me había olvidado –admitió Fran–. Pero esto es un clásico.

–¿Por qué?

–Porque estás aquí.

–No puedo negarlo. Pero me niego a pensar que ha sido una estrategia de mi hermana.

–Es obvio, Alex. Los hombres siempre quieren lo que no pueden tener. Si alguien lo sabe, soy yo. Con cuatro hermanos, he aprendido cómo funciona la mente masculina.

–¿Y cómo funciona?

–Los hombres siguen siendo un poco cavernícolas, cazadores, ya sabes. Diles que no e irán por ti como locos para llevarte a su cueva. De modo que la estrategia de Rosie ha funcionado. Tu hermana dijo que no podrías conquistarme y aquí estás, lanza en ristre –explicó Fran, tan tranquila–. Es un símil, pero...

–Lees demasiados libros de psicología –rio Alex.
–Probablemente. Pero no puedes negar la naturaleza competitiva del hombre.
–En eso estoy de acuerdo, así que morderé el anzuelo. ¿Por qué no puedo conseguirte? Para trabajar conmigo, quiero decir.
Fran dejó su taza sobre la mesita y se apoyó en el respaldo del sofá.
–Pero si yo...
–¿Es que no te gusta la cocina italiana?
–Me encanta.
–¿Es que te han ofrecido algo más interesante?
–No. Cuando termine mi contrato con la empresa de los potitos, estaré libre.
–¿Piensas irte de vacaciones?
–No. De hecho, antes de que llamaras al timbre, estaba mirando los anuncios del periódico.
–A ver... *Se busca cocinero especializado en postres*.
–A mí me encantan los postres.
Alex siguió leyendo:
–*Se necesita cocinero para residencia de ancianos. Acostumbrado a servir gran volumen de comidas diarias.*
–La verdad es que hay poca oferta.
–¿No está esto por debajo de tu categoría?
–No hay nada que esté por debajo de la categoría de alguien que tiene que pagar facturas –sonrió Fran.
–¿Tu familia no te ayuda?
–Prefiero que no.
–¿Por qué?
–Porque yo puedo cuidar de mí misma.
Alex decidió no preguntar. Fran Carlino tenía una historia, pero estaba seguro de que no iba a contársela.
–Entonces, estás buscando trabajo.
–Sí.
Los dos se miraron durante un segundo.
–Estamos hechos el uno para el otro –dijeron a la vez.
Los dos soltaron una carcajada.
–Entonces, ¿estás disponible? ¿Puedo contratarte?
–Primero, hazme una oferta.

La primera oferta que a Alex se le ocurrió no tenía nada que ver con un trabajo y sí con explorar la curvatura de sus labios.

Allí estaba otra vez, aquella atracción extraña. Estaba seguro de que nunca había reaccionado así ante una mujer, ni siquiera con Beth. Y no quería que ocurriera.

Alex tuvo que recordarse a sí mismo que estaba allí por un asunto de negocios. Algo que él conocía bien porque se había enterrado en el trabajo desde que perdió a Beth.

–Me gustaría ver tu currículum y después...

–¿Qué?

–Las contrataciones no son mi campo. Mi hermano Joe es quien lleva recursos humanos.

–Entonces, ¿tengo que hablar con él?

–No hace falta. En parte porque es mi proyecto, pero también porque mi hermano está a punto de casarse.

–¿Cuándo?

–El día de San Valentín. Un día bonito, ¿no?

–¿Un día bonito el de los enamorados?

–Sí –dijo Alex.

–Entonces, tú también crees en el amor. Lo que pasa es que no lo estás buscando.

–Eso no significa que no aprecie el significado de ese día... para otros. Supongo que tú también tendrás tu San Valentín.

–No. Pero creo que es un día muy romántico para casarse.

–Aunque crees que Joe ha golpeado a su novia en la cabeza y está dispuesto a arrastrarla a su cueva.

Fran soltó una carcajada.

–Nada impide que un cazador consiga su presa. Aunque veo que no es cosa de familia.

–¿Por qué dices eso?

–Porque tú no estás buscando presa.

–Ah, ya –murmuró Alex, aclarándose la garganta–. Si yo estuviera a cargo de las contrataciones, supongo que querría saber qué experiencia tienes.

–Vale. Te enviaré mi currículum, pero tengo que pasarlo al ordenador.

Él sacó una tarjeta del bolsillo.

–Muy bien. Esta es la dirección.

Al día siguiente, Fran estaba en la recepción de la empresa Marchetti.

¿Debería haber esperado una semana antes de ir? ¿No parecería muy necesitada apareciendo al día siguiente?

Daba igual. Alex había visto los anuncios del periódico y sabía que necesitaba trabajo.

–El señor Marchetti la recibirá enseguida –dijo la recepcionista, después de llamar por teléfono–. Su oficina está en el décimo piso.

–Gracias.

Fran se preguntó cómo aquella mujer podía escuchar la voz de Alex Marchetti y no desmayarse. Debía tener unos cincuenta años, pero él tenía una voz profunda, aterciopelada, muy masculina. Y...

¿Y en qué estaba pensando?

Fran subió al ascensor, irritada consigo misma. Cuando se abrieron las puertas, vio un escritorio y a una joven tras él. Seguramente, la secretaria de Alex.

Eso explicaba por qué la recepcionista no se había desmayado. Ella no hablaba directamente con Alex, hablaba con su secretaria. Por eso parecía tan tranquila.

–Vengo a ver a Alex Marchetti.

La mujer, de unos sesenta años y con el cabello gris, le recordaba a una niñera de cuento de hadas.

Fran tuvo que concluir que si era el propio Alex quien contrataba secretarias y recepcionistas, elegía claramente mujeres con las que no podía mantener una relación. Había dicho en serio lo de no estar buscando novia. Y Fran no podía evitar preguntarse por qué. Un hombre como él podría tener mujeres haciendo cola, pero se había apartado de la circulación.

De modo que ella no era la única con una larga historia que contar. Y, al recordar la tristeza que había visto en los ojos castaños del hombre en un momento de la conversación, sospechó que su historia no tenía un final feliz.

–El señor Marchetti está esperándola –dijo la mujer–. Su oficina está al final del pasillo, a la izquierda.

–Gracias –sonrió Fran.

Unos segundos después, llamaba a la puerta del despacho.

–Entre.
Aquella voz.
Fran tuvo que respirar profundamente antes de entrar. Alex estaba sentado tras su escritorio, con una corbata de tonos marrones y una camisa de color beige con las mangas subidas hasta el codo.
–Hola. Aquí estoy, como había prometido –dijo, apretando la carpeta contra su pecho.
–Hola, Fran. No te esperaba tan pronto.
–Creí que estabas deseando empezar.
–Y yo creí que aún seguías en tu antiguo empleo.
–Me quedan unos días, pero trabajo solo por las mañanas.
Las palabras del hombre parecían demostrar que había perdido el interés. Y no estaba segura de si eso la desilusionaba profesional o personalmente. Pero su auto estima rodaría por los suelos si la rechazaba antes de haber comprobado su valía.
–Siéntate –dijo él, indicando un sillón de cuero.
–Gracias.
Fran se sentó cruzando las piernas y le pareció que Alex la miraba, pero estaba segura de que el escritorio bloqueaba la visión.
Además de decidir si debía ir a verlo inmediatamente o esperar unos días, había tardado algún tiempo en decidir qué debía ponerse. ¿Un traje de chaqueta y falda o un traje pantalón para no llamar la atención sobre sus piernas?
Por fin había elegido algo que la hacía sentirse segura de sí misma, un traje marrón de falda y chaqueta ajustada que le sentaba como un guante y le daba un aspecto muy elegante.
–¿Puedo ver tu currículum?
–Claro –murmuró ella–. También tengo cartas de recomendación de las empresas para las que he trabajado.
Alex echó un vistazo a los papeles, mientras Fran lo observaba a él.
Tenía el mentón cuadrado, la nariz recta y un aspecto muy masculino. Y las gafas no le restaban atractivo, todo lo contrario.
–Impresionante.
–Desde luego –murmuró Fran. Entonces se dio cuenta de que Alex hablaba de su currículum y sacudió la cabeza para concentrarse–. Todos estaban muy contentos conmigo.
–Parece que has hecho un buen trabajo en todas partes –sonrió él,

con un brillo que le pareció de admiración en los ojos.

Pero eso no escondía el tono vago de sus palabras. Fran estaba segura de que tenía reservas con respecto a contratarla.

–No pareces muy convencido.

–Es que no tienes experiencia en comida italiana.

–Mis estudios de hostelería me han enseñado lo suficiente. Y, lo más importante, qué ingredientes pueden congelarse y cuáles no.

Alex se quedó en silencio durante unos segundos.

–Yo estoy buscando una persona con más...

–¿Experiencia?

–Francamente, sí.

–¿Desde cuándo estás buscando a esa persona? –preguntó Fran.

–Desde hace meses. Al principio, no lo hacía muy en serio porque todavía no había desarrollado la idea del todo.

–¿Y?

–No he encontrado a nadie.

–¿Entonces?

–He hablado con escuelas de hostelería, incluso entrevisté a varios estudiantes de último año que tenían buenas recomendaciones.

–¿Y tampoco has encontrado a nadie?

Alex negó con la cabeza.

–O eran muy ambiciosos y querían ser jefes de cocina de los mejores restaurantes de Nueva York o su especialidad eran platos demasiados artísticos.

–O sea, que tampoco te valen.

–Tampoco –suspiró él.

–Pues perdona que diga esto, pero parece que no tienes muchas alternativas.

–Eso es verdad –dijo Alex, pasándose la mano por el pelo–. Mira, Fran, casi no he comido nada. ¿Quieres que cenemos juntos? Ya sé que es temprano, pero el primer restaurante de la cadena, el que abrió mi padre, está a la vuelta de la esquina. ¿Te apetece?

Fran necesitaba el trabajo. Y el puesto en la empresa Marchetti era mejor que muchas de las ofertas que había visto en el periódico.

El único problema era Alex Marchetti. No parecía confiar en nadie, de modo que sería uno de esos jefes que están todo el día metiendo mano. La idea hizo que sintiera un escalofrío y Fran tuvo

que recordarse que no sería a ella a quien metiera mano. Aquello era un asunto profesional, no personal.

Una vez había mezclado el trabajo y el amor y se había prometido a sí misma que no volvería a pasar.

Pero nunca antes había sentido aquella inmediata y poderosa atracción. Quizá no le había dado tiempo a levantar sus defensas, la había pillado de improviso.

Pero no podía dejar que eso la detuviera. Si ella fuera el tipo de persona que huye de las dificultades, se habría convertido en maestra, no en jefe de cocina.

–Una cena de trabajo me parece bien, Alex. Me gustaría mucho echar un vistazo a los menús Marchetti.

–¿Nunca has estado en ninguno de nuestros restaurantes?

–No, lo siento –contestó ella.

–Pues es hora de arreglar eso.

–Hola, Abby –sonrió Alex, besando a su cuñada en la mejilla.

Fran y él acababan de entrar en el restaurante y ella lo miró, sorprendida. ¿Aquel hombre besaba a todos sus empleados?, parecía preguntarse. Alex disimuló una sonrisa.

–¿Mesa para dos? –sonrió la joven.

Alex siempre había pensado que lo de meterse en la vida de los demás era solo cosa de su familia. Aparentemente, se contagiaba con el matrimonio, pensó cuando vio que Abby miraba a Fran de arriba abajo. Pero la verdad era que su cuñada no estaba acostumbrada a verlo con mujeres. Y Fran tenía algo, un brillo, una alegría contagiosa, una sensualidad...

–Una mesa tranquila. Tenemos que hablar de trabajo –dijo, intentando matar los rumores antes de que aparecieran. No tenía sentido alimentar las retorcidas mentes de los casamenteros Marchetti.

–Ah, muy bien.

Alex miró a Fran entonces y recordó que no había hecho las presentaciones.

–Abby, te presento a Fran Carlino. Fran, Abby Marchetti. Mi hermano Nick y ella llevan casados...

–Seis meses. Y seguimos de luna de miel –lo interrumpió la

joven–. Encantada de conocerte, Fran.
–Lo mismo digo –sonrió ella.
–Tengo una mesa estupenda para vosotros –dijo Abby, llevándolos a través del romántico restaurante–. Has elegido una buena hora, Alex. Aún no han empezado a llegar los clientes.
–Mejor.
–Enseguida llegará el camarero. Que disfrutéis de la cena.
Alex deseaba que su familia dejase de buscarle novia. Pero lo pasarían de fábula si les dijera que no podía dejar de pensar en Fran desde que la conoció. Y que se sentía culpable por ello.
Ojalá su familia dejara de preocuparse. Él podía cuidar de sí mismo perfectamente. Como Fran.
–Anoche me dijiste que podías cuidar de ti misma y me pareció que estabas un poco a la defensiva.
–¿A la defensiva? No creo. Lo que pasa es que mi familia insiste en que debo casarme y he tenido que demostrarles que no necesito un marido que me cuide.
–¿No quieres un hombre en tu vida?
–En este momento, no.
–¿Por qué?
–Mis cuatro hermanos trabajan en la constructora de mi padre. La mía es una familia muy tradicional, como la tuya. Pero, al menos, en la tuya han aceptado que Rosie tenga su propio negocio.
–¿Tu familia no acepta tu trabajo?
–Mi padre no sabe qué hacer conmigo. Creo que nunca ha aceptado el hecho de que no soy un chico. Se suponía que debía hacer lo que había hecho mi madre, casarme y tener hijos –explicó Fran–. Está preocupado por mí y quiere que me case. Al pobre le daría un ataque si supiera lo del imbécil de la escuela de hostelería... Pero esa es una larga y aburrida historia.
–¿No quieres que nadie cuide de ti? –sonrió Alex.
–Yo no soy responsabilidad de nadie. Puedo cuidar de mí misma. Un hombre me haría perder el tiempo, me distraería de mi carrera.
–¿Tan importante es tu carrera para ti?
–Como la tuya para ti. Me encanta lo que hago. No he estudiado cuatro años para lavarle la ropa a nadie.
–Entonces, ¿este trabajo es importante para tu carrera?
–Mucho. No tengo experiencia congelando comida italiana y este

trabajo me la daría. Además, con un poco de suerte, podría acercarme a mi objetivo.

–¿Cuál es tu objetivo?

–Abrir mi propio restaurante –contestó Fran.

–¿Y por qué no pides un préstamo y lo abres?

–Tú sabes los prejuicios que hay en este negocio contra las mujeres.

–Sí, es verdad.

–Los cuatro años en la escuela de hostelería fueron duros, pero pensé que cuando terminase mis estudios, todo sería más fácil –suspiró ella–. Y me equivoqué. Me resultó imposible encontrar trabajo como jefe de cocina en un buen restaurante y por eso tuve que dedicarme a la investigación alimentaria.

–Entonces, si te contrato estaré entrenando a una competidora.

Fran sonrió.

–Si lo miras así... Pero la verdad es que ahora mismo tú necesitas un buen jefe de cocina y yo soy la más indicada para ese trabajo.

–Te veo muy segura de ti misma.

–¿No crees que pueda hacerlo?

–Digamos que soy un poco escéptico –sonrió Alex.

–Pues dame una oportunidad. Si no funciona, me voy.

–Eso suena bien.

Fran lo miró, con el ceño fruncido.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

–Claro.

–¿Tu escepticismo tiene algo que ver con que soy una mujer?

Sí, tuvo que admitir Alex. Pero no por las razones que ella creía. Había algo en Fran. Algo que lo obligaba a fijarse en ella. Y Alex no quería fijarse en ninguna mujer. Pero Fran estaba tan dedicada a su carrera como lo estaba él. Además, no pensaba dejar todo el proyecto en sus manos. Tenía intención de supervisar cada paso. Y eso significaba que la vería... mucho. ¿Cómo sería trabajar con ella?

–No –dijo por fin–. Que seas una mujer no tiene nada que ver con mi decisión.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Que no tienes experiencia. No quiero decir que no ahora mismo, pero tengo que pensarlo.

–Muy bien. Deja que te prepare un menú de degustación. Así

verás lo que puedo hacer.

«Así verás lo que puedo hacer».

A Alex le gustaría mucho saber lo que podía hacer. Pero no precisamente en la cocina. Ese pensamiento lo sorprendió. Y esa era la razón por la que no sabía si contratarla.

–No sé...

–Este trabajo es importante para mí.

–¿Quieres probarle algo a tu familia?

–Es posible. Pero ya te he dicho cuál es mi objetivo. Además, no has encontrado a nadie y estás perdiendo el tiempo.

–Muy bien. ¿Cuándo entonces?

–Mañana por la noche. En mi apartamento.

–Allí estaré.

Capítulo 3

AQUELLA VEZ, Fran estaba preparada. Y estarlo para un hombre como Alex Marchetti no era tarea fácil.

No solo estaba preparada en cuanto al menú de degustación, aunque debía reconocer que se sentía orgullosa. Un mantel de lino blanco cubría la mesa, en la que había colocado la cubertería y porcelana de su abuela. Sobre los platos, las servilletas, dobladas estilo abanico y las copas, colocadas en su sitio.

En el centro, un jarrón con flores cuyo aroma se mezclaba con el olor de sus dos platos favoritos. La presentación era tan importante como el sabor y había hecho todo lo posible para que la mesa tuviera un aspecto fantástico.

Tenía que impresionar a Alex Marchetti.

Y, desgraciadamente, que la contratase no era su única motivación.

Pero encandilar a Alex con su comida no era lo único para lo que tenía que estar preparada. Resistir el efecto que ejercía en ella iba a ser más difícil que impedir que se le cayera un *soufflé*.

Se había dicho a sí misma repetidas veces que un rostro atractivo y un cuerpo de pecado eran solo la «presentación» de Alex Marchetti. Y no tenía intención de averiguar si los ingredientes: atractivo, encanto y tentación, lo convertían en un plato sustancioso. Él era apetitoso, de acuerdo, pero Fran estaba a régimen. No le tenía miedo. Ni siquiera se sentía tentada. No pensaba dejar que nada, especialmente un hombre guapo, se interpusiera entre ella y el trabajo que buscaba.

Alex llegaría a las ocho y eran las ocho menos cinco.

De repente, notó que le sudaban las manos…

Y en ese momento, sonó el timbre. Fran respiró profundamente y miró la mesa por última vez.

Estaba preparada, se dijo a sí misma, mientras se dirigía a la

puerta.

–¿Quién es?

–Alex. ¿Te acuerdas de mí? El psicópata.

Fran sonrió, a pesar de que la voz masculina la había hecho sentir escalofríos por la espalda. Pero cuando abrió la puerta y vio los vaqueros gastados y la camisa blanca con las mangas enrolladas sobre los codos, se dio cuenta de que no estaba tan preparada como había creído.

–Hola.

–Hola. He traído vino blanco y tinto. No sabía qué ibas a preparar de cena.

–Gracias, pero no hacía falta. En realidad, esta es una entrevista de trabajo.

Fran parecía muy segura de sí misma, pero tuvo que sujetarse al picaporte cuando él sonrió como si quisiera cegarla.

–Lo sé. Pero no es una entrevista convencional.

–Cocinar es como cualquier otro trabajo. Se obtienen resultados... o no.

–Cierto –dijo él, olfateando–. Pero tus resultados huelen muy bien.

–Eso espero. Entra.

Cuando llegaron a la cocina, Fran dejó las botellas en la repisa mientras Alex miraba la mesa.

–¿Solo hay un servicio? ¿Es que no vas a cenar conmigo?

–Si cenáramos juntos, no sería un menú degustación. Yo soy la jefe de cocina, recuérdalo.

Y el componente número uno de su receta para el éxito era mantener las distancias, aparentar que estaba en su propio restaurante. Y un jefe de cocina no se sienta a cenar con los clientes.

Además, era mucho mejor, porque empezaba a tener la sensación de que aquello era una cita.

Y no lo era. No podía serlo.

–No es justo que coma solo –protestó Alex–. O quizá tienes una estrategia. A lo mejor vas a envenenarme para que no sufra con mi síndrome del segundo hijo.

–Ya. Y entonces podría despedirme de mi carrera.

–No, en serio. No me apetece cenar solo.

–Lo siento, pero no tengo tiempo. Tienes que ser el juez, así que

toma asiento. El primer plato está a punto de llegar. Espero que tengas hambre.

–Tengo mucha hambre.

Fran se había percatado del brillo que había en los ojos del hombre y casi habría podido jurar que miraba su boca como si estuviera hambriento.

¡Lo que le faltaba! ¡Como si no estuviera suficientemente nerviosa! Aquella era la mejor oportunidad que había tenido nunca y la situación era suficientemente espinosa como para, además, tener que mezclarla con una mirada hambrienta.

Y no de comida, precisamente.

–Un buen apetito es el mejor amigo del jefe de cocina –dijo Fran–. ¿Puedo acompañarlo a su mesa, señor?

–Me parece que ya la he encontrado –sonrió él.

Fran tuvo que obligarse a sí misma a concentrarse en la comida. Ojalá Alex fuera gordo y calvo, pensó. Pero ella era una excelente cocinera y si el camino para llegar al corazón de un hombre era su estómago, lo tendría atrapado.

El trabajo, claro. No al hombre.

–He preparado una variedad de platos –dijo, sacando de la nevera una ensalada verde con queso fresco y aceitunas y otra de espinacas, espárragos y alcachofas cubierta por brotes de alfalfa. Sobre la primera, sirvió aceite de oliva virgen y vinagre de estragón. En la otra, una delicada mezcla de aceite de oliva, vinagre de ajo y mostaza.

Después de colocar los dos platos en la mesa, puso frente a él una cestita de mimbre con pan recién hecho.

–Qué buen aspecto.

–Espero que disfrutes –dijo ella en voz baja. Le hubiera gustado que su voz sonara más profesional, pero le salió ronca, casi como la de una chica de vida alegre, vendiendo sus encantos al cliente.

–Tienen una pinta estupenda –sonrió Alex, probando la primera ensalada y después, la segunda–. Y saben más ricas aún. Las dos.

–Me alegro. Hay varios platos, así que no comas demasiado.

–¿Seguro que no puedes sentarte conmigo?

–No tengo hambre. He estado probándolo todo, como hace un buen jefe de cocina.

–Muy bien.

Un buen jefe de cocina debía probar sus platos. Desgraciadamente, Fran tenía un nudo en el estómago y no había podido probar nada.

–Champiñones Portobello –anunció, sacando una bandeja del horno.

–Excelentes –comentó él, probando uno–. Nunca los he comido más ricos.

–Me alegro de que te gusten –sonrió Fran, cada vez más en su elemento–. El siguiente plato tardará cinco minutos. Voy a abrir una botella de vino.

–Yo lo haré –dijo Alex, levantándose.

Alerta roja. Él estaba cambiando las reglas. Aquella era su cocina y Alex se movía en ella como si estuviera en su casa. Eso no podía ser. Debía mantenerse fría y distante. Al fin y al cabo, era una profesional.

–¿Siempre abre el vino en el restaurante de un competidor, señor Marchetti? –preguntó, después de aclararse la garganta.

–Creí que estábamos en el mismo equipo.

–Estoy intentando formar parte del equipo, si no recuerdo mal.

–Ya. Y creo recordar que me llamabas Alex. ¿Qué ha pasado?

–Estoy intentando ser profesional. Tengo que mostrarte lo que soy capaz de hacer.

Otra vez. La voz ronca. Y los dobles sentidos. ¿Qué le pasaba con aquel hombre?

–Muy bien. Abre tú el vino –accedió Alex. Pero no volvió a la mesa.

Fran sacó el sacacorchos, pero desgraciadamente era de los antiguos y no tenía fuerza para tirar.

Por fin, él le quitó el aparato y, haciendo un pequeñísimo esfuerzo, abrió la botella.

–Ya está.

–Me siento como una gimnasta, esperando a ver cuántos puntos le quitan los jueces por una caída de la barra.

–La fuerza y la habilidad manual no son precisamente habilidades que necesite un jefe de cocina –sonrió Alex–. Solo restaré puntos por un plato envenenado.

–Estamos de broma, pero esto es muy serio para mí.

–En un restaurante, sería el camarero quien abriera la botella,

Fran. No es ningún fallo.

–Y tampoco un éxito –suspiró ella.

–No exageres. Si lo que hay en el horno está tan rico como huele, me tienes enganchado.

Antes de que Fran pudiera replicar, sonó el timbre del horno.

–El primer plato está preparado. Siéntate.

–Muy bien.

–Son dos platos en realidad, ternera a las finas hierbas y pechuga de pollo rellena de verduras. Espero que te guste.

Alex probó la ternera y después tomó un sorbo de vino. A continuación, probó el pollo con verduras y se quedó muy serio. Ella lo miró, preocupada.

–¿Qué te parece?

–¿Estás buscando un cumplido?

–Quiero una opinión sincera.

–Tengo que asegurarme –dijo Alex, probando el pollo de nuevo.

–¿Te gusta?

–Espera un momento.

–¿Tienes suficientes datos? –preguntó Fran, irónica.

–No.

Él siguió con la pechuga de pollo hasta terminarla.

–¿Quieres una opinión absolutamente sincera?

–No me tortures, por favor.

–¿Tú crees que haría eso?

–No quiero creerlo. ¿Qué te parece?

–Me parece bueno.

Fran lo miró, decepcionada.

–¿Bueno? Si te lo has comido todo...

–Ajá, ahora sí que estás buscando un cumplido. ¿Quieres que siga?

–Sí, por favor. Pero solo si te ha gustado de verdad.

–Esta ha sido, sin duda, una de las mejores cenas de mi vida –sonrió Alex por fin–. Me ha gustado todo, incluidas las verduras. Pero esto es una conspiración. Has hablado con Rosie, claro.

–La llamé para preguntarle qué te gustaba. Y me dijo que lo único que odiabas eran las coles de Bruselas –sonrió Fran–. Así que decidí rellenar el pollo precisamente con coles.

–Es la primera vez en mi vida que puede comer coles de Bruselas.

–Las rehogué con mostaza de miel y vinagreta. Están cocidas con la tapa de la cacerola quitada, para que no pierdan el color –explicó ella, encantada. Estaba nerviosa, pero quería impresionarlo con sus conocimientos–. Análisis nutricional: sesenta y ocho calorías, tres gramos de grasa y nada de colesterol.
–Nunca me han sabido bien, pero estas coles...
–Soy una profesional –sonrió Fran.
–Parece que tendré que disculparme con mi hermana.
–¿Por qué? ¿Qué le has hecho?
–Me dijo que Frannie Carlino...
–¿Frannie? ¿Me llamó así?
–Sí.
–Rosie sabe que detesto ese diminutivo. Voy a tener que hablar con ella.
–Yo también. Mi hermana me dijo que tú podrías hacer unas coles de Bruselas deliciosas y tenía razón –explicó Alex–. Y yo sería un idiota si te perdiera. Quiero ofrecerte...
–Espera –lo interrumpió Fran–. Aún no has probado el postre.
–No puedo comer nada más –protestó él–. Me has convencido. Vamos a discutir...
–Tiramisú.
–Esto no es justo –gimoteó Alex.
–En el amor y en la guerra todo vale –rio Fran–. Rosie me dijo que era tu postre favorito.
–Me tientas.
Ella también se sentía tentada, pensó, mirando los anchos hombros de Alex. Si aquella fuera una cita, podrían sentarse frente al televisor y el postre serían un montón de besos apasionados. Y en un apartamento tan pequeño como el suyo, del sofá a la cama solo había un paso...
Si él intentaba seducirla, Fran no estaba segura de tener fuerza de voluntad suficiente como para resistirse.
Pero no tenía razón para pensar eso. Alex ni siquiera le había dicho que la encontraba guapa. Una pena.
Fran maldecía al imbécil de Colin que había destrozado su confianza en sí misma y en los hombres. Pero había ocurrido y no podía ignorar las señales de alarma.
Alex estaba a punto de ofrecerle el trabajo. Estaba a punto de

conseguir uno de los objetivos por los que tanto había luchado, pero debía ser prudente. Había esperado que la atracción que sentía hacia él desapareciera, pero era la tercera vez que se veían y la atracción seguía allí.

Cada vez más fuerte.

Quería el puesto, pero tenía miedo de que sus sentimientos interfiriesen con el trabajo. Lo que tenía que hacer era encontrar la forma de sacar el tema diplomáticamente.

–Ninguna comida está completa sin postre. Después, hablaremos de negocios.

Alex la miró, pensativo.

–Con una condición.

–¿Cuál?

–Que te relajes y te sientes conmigo.

–Estoy relajada.

–Sí, seguro –rio él.

–Me parece que no me crees.

–No era una crítica, Fran. Solo una observación. Me sorprendería que no estuvieras nerviosa. Tú misma has dicho que esta era una entrevista de trabajo.

–Sí, pero...

–Podemos hablar mientras disfrutamos el postre.

–Esto no es negociable, ¿verdad?

–Preferiría que no. No quiero que pienses que soy un negrero.

–¿Cómo voy a pensar eso? Además, me encantan los postres. Aunque engordan.

–Tú no estás nada gorda.

–Gracias –sonrió Fran, encantada con el cumplido.

¿Se había fijado en ella de verdad? ¿Le gustaba? ¿Era su tipo?

Fran colocó el postre sobre la mesa, se sentó frente a él. Pero, de repente, la distancia le pareció minúscula.

–¿Vas a contarme qué te pasa? –preguntó Alex entonces.

Fran no se hizo la tonta. Sabía que él se había percatado de su nerviosismo.

–Antes de contestar, quiero decirte una cosa. Ayer me hiciste una pregunta personal...

–¿Cuándo?

–Durante la cena. Me preguntaste por qué insistía en cuidar de mí

misma y yo te dije que quería vivir la vida a mi manera.

–Sí, es verdad –dijo Alex, probando el tiramisú–. Está riquísimo.

–Gracias. Quiero preguntarte algo.

–¿Qué?

–¿Por qué no estás buscando novia?

Él dejó el tenedor sobre la mesa, repentinamente serio.

–Supongo que sería absurdo hacer un monólogo sobre las ventajas de ser soltero, ¿no?

–Absurdo por completo –asintió Fran.

–Me enamoré cuando estaba en la universidad.

–¿Y ella te dejó?

–No me dejó. Murió repentinamente –contestó Alex con tristeza.

–Lo siento –murmuró ella, sorprendida–. Y lamento haber preguntado.

–No pasa nada. Pero es muy sencillo, todo el mundo tiene un amor verdadero en su vida y yo tuve el mío. No quiero buscar más.

–Entiendo.

Era triste, pero la dejaba más tranquila. Alex no buscaba una mujer y ella no buscaba un hombre.

Podían trabajar juntos sin que los sentimientos se mezclasen.

–Creo que es hora de hablar de negocios –dijo él entonces.

–Muy bien. ¿Tengo el puesto?

–Me gustaría ofrecerte un contrato de tres meses. Al final de los tres meses, si los dos estamos satisfechos, volveremos a negociar el contrato. ¿Te parece justo?

–Sí.

Fran sabía que, a pesar de la atracción que sentía por él, aceptando su oferta no arriesgaba su corazón.

Alex había dejado eso bien claro.

Capítulo 4

¿ACEPTAS? –preguntó Alex.

–Por supuesto.

Obviamente, su respuesta a la pregunta sobre si tenía novia había disipado las dudas de Fran.

Sin embargo, él casi deseaba que aquella entrevista hubiera sido un desastre. Aunque sabía que era difícil encontrar un buen jefe de cocina dispuesto a aceptar su oferta, sería mejor encontrar uno que lo hiciera pensar en cómo congelar la salsa boloñesa, no en besos apasionados.

Pero se mentiría a sí mismo si dijera que no estaba impresionado por su habilidad en la cocina.

–Bienvenida a la empresa Marchetti –sonrió–. Nuestro abogado redactará el contrato, de modo que ya es oficial. Eres la jefe de cocina de nuestra nueva división de productos congelados durante, al menos, tres meses y siempre que cuente con la aprobación de mi familia. Hay que sellar el acuerdo con un apretón de manos. Como dos caballeros.

Los pechos que llenaban el jersey verde de ella desmentían aquella afirmación. Igual que los pendientes de aro colgados de unas orejitas que le habría gustado morder en ese momento.

Fran Carlino no era un caballero. Era una mujer. Y menuda mujer.

Alex se percató de que la expresión de ella había cambiado.

–¿Qué?

–No habías dicho nada sobre la aprobación de tu familia.

–Es un negocio familiar y nos consultamos cualquier decisión. Pero no tienes que ponerte nerviosa.

–¿Quién ha dicho que estoy nerviosa?

–Bueno, imagino que te da un poco de miedo.

–No tengo miedo –replicó Fran–. Es que no habías dicho que mis

recetas dependerían de toda la familia.

–Una persona que cocina como tú no tiene que preocuparse. ¿Firmamos un acuerdo?

Ella dudó un segundo antes de estrechar su mano.

–Hecho –dijo por fin.

Alex suspiró, aliviado. Pero no podía dejar de preguntarse por qué el hecho de que no buscara novia la había tranquilizado.

–Dime una cosa, Fran. Si te hubiera dicho que estoy buscando pareja, ¿habrías aceptado el puesto?

Ella tomó un pedazo de tiramisú antes de contestar.

–Mi respuesta habría sido la misma.

–¿Entonces?

–Necesito el trabajo. Pero me habría sentido incómoda.

–¿Por qué?

–Porque estaría esperando que te pusieras a tontear conmigo en cualquier momento –contestó Fran. Un segundo después, pensó que debía haberse mordido la lengua–. No es que yo quiera, ni que tú vayas a hacerlo. Todo lo contrario. Pero entre un hombre y una mujer siempre hay cierta tensión, ya sabes.

–¿Imaginas que te preguntaría cuál es tu signo del zodíaco y cosas así?

–Eso ya no se lleva –rio ella–. Veo que te falta práctica.

–¿Y qué se dice ahora?

–La verdad es que no lo sé. Yo tampoco tengo mucha práctica.

¿Por qué?, se preguntó él. Una mujer tan guapa y encantadora como Fran debía tener a los hombres haciendo cola.

Ella no habría aceptado el trabajo si le hubiera dicho que estaba buscando novia, de eso estaba seguro. Y tenía la impresión de que no era solo porque no quisiera seguir los pasos de su madre.

¿Qué había pasado para que Fran Carlino no quisiera saber nada de los hombres?

Pero ese no era asunto suyo. Iban a trabajar juntos y no tenía derecho a hacerle preguntas personales. De hecho, cuanto menos supiera, mejor. Ni Fran ni él estaban interesados en mantener relaciones sentimentales con nadie y eso era lo mejor que podía pasar.

–Estoy encantado de que hayas aceptado mi oferta. Eres perfecta para el trabajo –dijo, con sinceridad.

–Muchas gracias –sonrió Fran, tomando un sorbo de vino.

–Gracias a ti.

La luz de la lámpara le daba un brillo muy tentador a sus labios y Alex se encontró a sí mismo deseando besarla, deseando saber si eran tan suaves como parecían.

–No sabía que hubieras estado casado –dijo ella de repente.

–No he estado casado.

–Pero pensé que...

–Beth y yo no nos casamos –dijo Alex, apartando la mirada.

–¿Por qué no? –preguntó Fran en voz baja.

–¿Y me lo preguntas tú, que no quieres saber nada de los hombres?

–Yo no soy como las demás mujeres.

–Eso es verdad.

–¿Eso era un cumplido? –rio ella.

Alex dobló su servilleta y se apoyó en el respaldo de la silla.

–Es la verdad.

–¿Por qué no te casaste con Beth?

–Quería esperar para estar más establecido en la empresa –contestó él, intentando disimular su amargura.

–¿Te arrepientes de no haberte casado?

–Beth quería ser madre y yo podría haber hecho realidad ese sueño, aunque fuera por poco tiempo. Pero pensé que había cosas más importantes.

–Quizá no estabas seguro de tu amor.

Alex negó con la cabeza.

–Estaba muy seguro. Pero no lo pensé. Nadie piensa que la persona a la que quieres puede morir. Me dediqué demasiado a mi trabajo. Y eso es todo lo que tengo ahora.

–Pero teniendo una empresa familiar, sabías que siempre habría un sitio para ti.

–¿Qué quieres decir?

–Nada. Que lo entendería mejor si hubieras tenido que buscar trabajo en cualquier parte. Pero tu posición en la empresa familiar era muy segura, ¿no? Podrías haberte casado.

–¿No crees que me he dicho eso a mí mismo un millón de veces? Ahora podría tener un hijo, tener algo de Beth –dijo Alex, sin mirarla.

–Perdona. Soy una bocazas. No sé por qué he dicho eso.
–No te preocupes.
–Si no te importa, me gustaría hacerte una última pregunta.
–Muy bien –suspiró él.
–¿Por qué estás tan convencido de que solo se puede amar una vez?
–Por herencia.
–¿Los Marchetti tienen un gen por el que solo hay una mujer en sus vidas? –sonrió Fran.
–O un hombre, en el caso de Rosie. Mi hermana y su marido se enamoraron cuando eran niños. Steve era un niño abandonado que vivía con su abuela y mi familia prácticamente lo adoptó –explicó Alex–. Además, la culpa de todo la tienen mis padres.
–¿Por qué?
–Porque durante toda la vida los hemos visto besarse, acariciarse, tontear en la cocina... –contestó él–. Pero no tengas miedo, yo no voy a tontear contigo. Lo que quería decir es que llevan juntos cuarenta años.
–Eso es raro en nuestros días –dijo Fran.
–Mi hermano Joe me dijo que habían tenido problemas cuando éramos niños y que incluso estuvieron un tiempo separados, pero se quieren mucho. Supongo que hasta que la muerte los separe.
–¿Y tus hermanos? Abby parece feliz con Nick.
–Lo es. Los dos son muy felices.
–¿Y tu hermano Joe, el que va a casarse el día de San Valentín?
–Tienes buena memoria –sonrió Alex.
–Es la maldición de los Carlino.
–Joe conoció a su prometida en el hospital, cuando Rosie dio a luz. Mi hermano empezó a tontear con Liz, que era enfermera, para poder quedarse en la habitación después de las horas de visita y ella lo sacó de una oreja. Mi hermano siempre había dicho que no pensaba casarse nunca, pero en cuanto la vio cambió de opinión.
–Suele pasar –dijo Fran.
–Luke y yo somos los dos únicos solteros que quedan en la familia.
–¿Y cómo pasa su tiempo un solterón recalcitrante como tú?
–Trabajando. Es lo que me salvó tras la muerte de Beth –contestó él, esperando el familiar dolor que acompañaba el recuerdo de su

novia. Pero aquella vez, el dolor no apareció–. El negocio familiar impidió que le diera la familia que ella quería, pero salvó mi vida.

A Alex le gustaba su trabajo y se sentía agradecido por ello, pero la verdad era que la felicidad conyugal de sus hermanos hacía que se sintiera solo.

–Lo siento. Otra vez estoy hablando de más. Puedes decirme que me meta en mis cosas cuando quieras.

–No pasa nada. Ya no me duele como antes.

Y, para su asombro, era verdad.

–¿Ya no te duele la muerte de Beth, pero sigues convencido de que solo hay un verdadero amor en la vida?

–Sí.

–¿Y cuál es tu excusa para trabajar tanto?

–Tú misma lo dijiste. El síndrome del segundo hijo.

–Era una broma.

Alex empezó a jugar con el tenedor.

–Es posible, pero hizo que me diera cuenta de algo.

–¡Vaya! –sonrió Fran–. Quizá debería dedicarme a la psicología.

–De eso nada. Sería un crimen que una cocinera tan buena como tú se dedicara a otra cosa.

–Gracias, pero no creas que un cumplido va a distraerme. ¿De qué te diste cuenta?

–De que un hombre necesita un objetivo. El negocio va muy bien, ninguno de nosotros tiene que preocuparse de cómo va a ganarse la vida en el futuro, pero yo quiero dejar mi marca en la empresa. Trabajo para conseguir la satisfacción de algo bien hecho. Quiero que este lanzamiento sea un éxito, Fran.

–Lo entiendo, pero estás usando la comida congelada para calentar tu cama por la noche –sonrió ella.

–Creí que habíamos acordado no analizarnos.

–Lo siento. Se me olvidó.

–Veo que es un hábito tuyo eso de olvidar cuando te da la gana –sonrió Alex, levantándose–. Y antes de que sigas haciendo preguntas, será mejor que me marche.

Fran se levantó y lo acompañó a la puerta.

–¿Cuándo quieres que empiece?

–¿Cuándo puedes?

–Mi contrato termina dentro de dos semanas.

–Dos semanas entonces, a mediados de diciembre. ¿Te importa empezar antes de Navidad? Podríamos esperar hasta primeros de año, pero...

–Cuanto antes empecemos a trabajar en el proyecto, mejor. Estoy decidida a ayudarte a superar el síndrome del segundo hijo. Juntos le mostraremos al resto de los Marchetti que el tercer hijo no se dedica a hacer pajaritas en el despacho –bromeó Fran.

Los dos se quedaron en silencio después de eso. Y Alex se dio cuenta de que no quería irse. En parte porque disfrutaba de la compañía de aquella chica tan divertida y en parte por que no sabía cómo decir adiós.

¿Debía estrechar su mano? Después de todo, aquel era un asunto de negocios. ¿Debía besarla en la mejilla? ¿En la boca? Absurdo, claro, pero era lo que deseaba.

Aquella había sido la entrevista de trabajo más extraña que había mantenido en su vida.

Lo mejor sería no tocarla en absoluto.

–Nos veremos dentro de dos semanas, Frannie.

–Como vuelvas a llamarme así...

Alex sonrió.

Pero dos semanas le parecían mucho tiempo.

Aquellas fueron las dos semanas más largas en la vida de Fran.

Y lo peor era que no podía dejar de recordar el seductor timbre de la voz masculina cuando la llamó «Frannie». En sus labios, incluso el odiado diminutivo sonaba precioso.

Desde que aceptó el puesto, se estaba preguntando si había hecho bien o no y aquel era su primer día de trabajo. Alex le había presentado a sus tres hermanos antes de enseñarle la cocina industrial que utilizaban para investigación y desarrollo.

Era muy grande, con un área de trabajo en el centro, nevera y congelador industriales, una despensa muy bien aprovisionada, armarios corridos, una repisa a lo largo de ambas paredes y varios hornos convencionales y microondas.

–Es estupenda –dijo Fran–. Más que eso, fantástica.

–Me alegro de que te guste –sonrió Alex.

–Muy bien.

–Hemos intentando pensar en todo. Incluso en conejillos de indias, o sea empleados dispuestos a probar los platos.

–No te preocupes, ninguno morirá envenenado.

Alex no dejaba de sonreír y Fran hubiera deseado poder sujetarse a algo, a él preferiblemente.

Con una camisa azul marino, pantalones del mismo color y una corbata rosa parecía un modelo de ejecutivo. O un ejecutivo modelo.

Alex Marchetti era muy guapo, tenía una voz que hacía que su estómago se encogiera y olía a una mezcla de colonia masculina y jabón que la hacía desear apretar la nariz contra su pecho.

No lo había tocado ni probado, pero podía imaginar que ambas sensaciones serían lo más parecido a una experiencia religiosa.

–Puedes mirar los armarios, si quieres. Creo que hay de todo, pero si falta algo solo tienes que decírmelo.

–Voy a echar un vistazo.

De ese modo, podía apartarse de él sin que pareciera una retirada.

Fran estuvo mirando los cajones y armarios durante un rato. Había exprimidores, batidoras, robots, procesadores y todo tipo de aparato eléctrico para hacer la cocina más fácil. Después de una completa exploración de todo lo que había en ella, excepto de su jefe, respiró profundamente.

–No falta nada.

–Me alegro –dijo Alex, señalando una mesa al final de la cocina–. Ahí está el ordenador. Puedes escribir recetas, tomar notas, hacer programas... Si tienes algún problema, llámame.

–Estupendo. Suelo anotar los ingredientes, el tiempo de cocción y el resultado. Me gusta ser organizada.

–Eso está muy bien.

–Creo que ha llegado la hora de hablar sobre los platos que te gustaría lanzar al mercado.

–De acuerdo. Vamos a mi oficina.

–Voy detrás de ti, ¡oh excelso jefe!

Alex se dirigió al ascensor, sacudiendo la cabeza.

–¿Es mucho pedir que durante el tiempo que dure nuestra colaboración me trates con un poco de respeto?

–Pensé que lo estaba haciendo –sonrió ella–. Pero también podría

dirigirme a ti como «Emperador» o «Alteza». Lo que tú prefieras.

–Solo Alex –rio él.

–Tienes un temperamento muy sereno. Creo que podré soportarte.

A pesar de su aparente frivolidad, cuando entraron en el ascensor se dio cuenta de que la proximidad del hombre en un sitio tan pequeño la ponía nerviosa.

Si se besaran, nadie los vería, pensó de repente.

Fran se puso colorada. Había aceptado el trabajo porque Alex no estaba interesado en ella como mujer. Pero, ¿y ella? ¿Qué sentía por aquel hombre?

El recuerdo de su romance en la escuela de hostelería la obligó a recuperar el sentido común. Colin la había engañado, dejándola herida y humillada. Una experiencia que juró no repetir nunca. Había cometido un error debido a su juventud e inexperiencia y no volvería a cometerlo jamás. Sería una idiota si permitiera que su atracción por Alex continuara. No solo trabajaban juntos; él era su jefe.

–Bueno, ¿por qué no empiezas a contarme qué ideas tienes? Cuanto antes sepa lo que quieres, mejor.

–Quiero competir en varios niveles. Me gustaría preparar platos para la mujer trabajadora que no tiene tiempo para cocinar, para el hombre que vive solo y quiere impresionar a una chica...

–¿Y qué tal la chica que vive sola y quiere impresionar a un solterón para meterlo en su cueva? –sonrió Fran–. Supongo que habrás oído hablar de la liberación de la mujer.

–Eso también. En cualquier caso, quiero llegar a todos los posibles clientes.

–¿Y qué se te ha ocurrido?

En ese momento, se abrieron las puertas del ascensor. Afortunadamente. Estar en un sitio tan pequeño con Alex Marchetti era un riesgo para su presión arterial.

–Encantada de volver a verla, señorita Carlino –sonrió la secretaria de Alex, sentada frente a su escritorio.

–¿Se acuerda de mí? –preguntó Fran, sorprendida.

–Claro que me acuerdo. Alex ha hecho imposible que me olvidara de usted –contestó la mujer.

–¿De verdad?

–Está exagerando –murmuró él, incómodo–. Fran, te presento a

Joyce Barnes.

–Encantada de conocerte, Joyce.

–Lo mismo digo –sonrió la secretaria.

–No me pases llamadas, por favor. Tengo cosas que discutir con Fran.

–De acuerdo.

Una vez dentro del despacho, Alex le indicó que se sentara.

–Vamos a ver –dijo, tomando unos papeles–. La pizza es, desde luego, el plato italiano de mayor consumo.

–Por supuesto.

Le encantaba verlo tan concentrado. Y le encantaba haberlo visto incómodo unos segundos antes.

–Las ventas de pizza congelada son un treinta y cinco por ciento del mercado. Y se ha comprobado que las ventas han aumentado de forma consistente desde 1987.

–Fascinante –murmuró Fran, mirando su boca–. Cuéntame más cosas.

–Quiero niños.

–¿Cómo?

–Quiero llegar a los niños –aclaró él–. La pizza es la comida favorita de un cuarenta por ciento de los niños en Estados Unidos y quiero conseguir una pizza fácil de descongelar en el microondas.

–Sin problema. ¿Qué más hay en tu lista?

–Espagueti y albóndigas. Eso es fácil de congelar.

–¿No me digas que tú también sabes cocinar?

–Mis hermanos y yo trabajamos con mi padre mientras estábamos en la universidad.

–Ah, ya entiendo. Tienes razón. Las albóndigas, sobre todo, son fáciles de congelar.

–Lasagna.

–Muy bien.

Alex le dio un papel.

–Y quiero que incorpores esta receta.

Fran miró el papel y después lo miró a él, con el ceño fruncido.

–Esto va a ser un problema.

Capítulo 5

NO QUIERO oír la palabra «problema».

Hasta un segundo antes, Alex disfrutaba de su trabajo más que nunca. Había contado los días hasta que Fran se incorporó al trabajo y cuando la vio tan contenta con la cocina, casi sintió como si le hubiera regalado una joya.

Las cosas iban de maravilla. Hasta que había oído la palabra «problema».

–Esta receta lleva queso *ricotta.*

–¿Y?

–Que ese queso no congela bien.

–¿Por qué?

–Cuando se descongela, el noventa por ciento de las veces queda demasiado acuoso y se desmigaja.

–Pero la lasagna lleva *ricotta* y has dicho que sí.

–En la lasagna, eso se disimula con la *mozzarella* y la salsa. Pero no vale para los raviolis.

–Los raviolis son un plato famoso en nuestros restaurantes.

–Pues me temo que habrá que sustituirlo. Ese queso no funciona en platos congelados. Creí que querías que el lanzamiento fuera un éxito.

–Así es. Y este podría ser uno de los platos estrella.

–No creo que vaya a funcionar –murmuró Fran, mirando de nuevo la receta.

–Tendrás que conseguirlo.

–¿Y si no puedo? –preguntó ella entonces, a la defensiva.

–Tengo fe en tu talento.

–Incluso los mejores jefes de cocina están limitados por la calidad de sus ingredientes. Lo intentaré si insistes, pero creo que no va a ser posible. Y si el fracaso no es una opción, quizá deberíamos dar por terminado el contrato. Sé que este proyecto significa mucho

para ti y no quiero hacerte perder el tiempo.

Eso significaría no verla... en el trabajo, por supuesto. Significaría no tener el beneficio de su talento y experiencia. Y esa no era una opción. De nuevo, Alex pensó que había dicho algo para que Fran se pusiera a la defensiva y le hubiera gustado saber qué era.

No podía dejarla ir. Su ausencia le rompería el corazón... o, más bien, el proyecto en el que había puesto el corazón.

–Si me equivoco, acepto la responsabilidad.

–No sé... –empezó a decir ella, incómoda–. Bueno, de acuerdo. Lo intentaré. Y si me equivoco, dimito.

Un mes más tarde, Fran seguía irritada por aquella conversación. Alex no había dicho que no aceptaría su dimisión y se sentía frustrada con la receta. Era imposible hacer que el *ricotta* se congelase adecuadamente.

–Me quedan dos meses de contrato –murmuró, tirando la cuchara de madera sobre la mesa–. Y este es solo un paso adelante para alcanzar mi objetivo, un restaurante propio. Cuando lo consiga, no tendré que aguantar a nadie. Alex Marchetti es como todos los demás hombres.

–¿Quién es como los demás hombres? –escuchó una voz femenina tras ella.

–¡Rosie! Me has asustado –dijo Fran, poniéndose una mano sobre el corazón.

–Estabas hablando sola. ¿A quién querías partirle la cabeza con esa cuchara? –rio su amiga.

–No creo que fuera muy adecuado darte esa información.

–¿Qué te ha hecho mi hermano?

–¿Por qué crees que me refiero a tu hermano?

–Venga, Fran. ¿Qué te ha hecho?

Ella suspiró, cansada.

–Ha insistido en que incluya una receta en la campaña. Y es imposible hacerla bien.

–Ya.

–¿Cómo que ya?

–Me han dicho que tenemos que probar tus recetas –dijo Rosie.

–La semana que viene. No hay ningún problema con el resto de

los platos, pero los raviolis rellenos de *ricotta*... Me temo que mis días con los Marchetti están contados.

–¿Por qué dices eso? La investigación es ensayo y error. Si no funciona, a otra cosa.

–Alex dijo que si no funcionaba, él aceptaba la responsabilidad.

–Pues eso. ¿No pensarás que va a cortarte la cabeza?

Fran se dio cuenta de que Rosie no entendía la situación. Ella no trabajaba en hostelería y no entendía los prejuicios y la hostilidad con que se encontraba una mujer en la cocina.

–Ríete si quieres, pero la industria hostelera no es muy generosa con las mujeres. Nadie te da una segunda oportunidad.

–Vamos, Fran, no lo dirás en serio.

–¿Que no? Los hombres que dirigen esta industria no tienen piedad. Y Alex es como los demás.

–¿Qué te pasa con los hombres, Fran? ¿Alguno te ha mordido? –rio su amiga.

–Será mejor que no te cuente la larga y aburrida historia. Solo te digo que ahora soy más sabia.

–Muy bien. No hables de ello si no quieres, pero te digo una cosa, Alex es diferente. No te cortará la cabeza si algo no sale a su gusto.

–No estoy yo tan segura.

–¿Por qué dices eso? Parece que quieres que te despida.

–Qué bobada –murmuró Fran, apartando la mirada.

–¿De qué tienes miedo?

–Me da pánico que estos raviolis sepan repugnantes.

–Mira, no te mientas a ti misma. Hay una cosa que mi hermano y tú tenéis en común. Los dos tenéis el corazón roto.

Era posible. Y también era muy poco profesional por parte de Fran discutirlo con la hermana de su jefe.

–La verdad es que estoy muy nerviosa con la presentación.

–No te preocupes. No pasará nada. ¿Conoces a todos mis hermanos?

–Sí. Y parecen muy agradables.

–Lo son. Pero no les digas que yo he dicho eso –sonrió Rosie, apartándose un rizo oscuro de la frente–. Además, no creo que puedan estar todos.

–¿No? ¿Quién no puede asistir?

–Steve, Abby, Liz, yo...

–¿Y quién estará entonces?
–Luke, Joe, Nick, Alex, por supuesto. Y mis padres.
–Ah. Los que votan, ¿no?
–Los que saben de cocina. Deja de preocuparte, Fran. Hay algo muy romántico en el aire. Si eso que estás preparando sabe tan bien como huele, los Marchetti se volverán locos por ti.
–Solo quiero que se vuelvan locos por mi comida.
Pero Fran se preguntó si eso era cierto. Aunque estaba irritada con Alex, quería impresionarlo. Y no solo con su comida, tenía que admitir. No podía negarse a sí misma que quería impresionarlo también como mujer.
Además de destrozar su imagen profesional, ¿el imbécil de la escuela de hostelería le había robado la confianza en sí misma? Fran intentaba decirse a sí misma que no, pero ¿qué otra explicación podía haber? Y, sobre todo, ¿por qué estaba pensando en eso? Se había jurado a sí misma no volver a mantener una relación con alguien con quien tuviera lazos profesionales.
Fran miró a la otra mujer, suspirando.
–Hay un problema.
–¿Cuál?
–Que tengo una receta estupenda, pero no está en la lista de Alex.
–¿Y crees que no querrá incluirla en la lista si es buena de verdad?
–El tiempo lo dirá. Por cierto, ¿qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en la librería?
–Jackie me está sustituyendo.
–¿Has venido a ver a tus hermanos?
–En realidad, quería saber cómo te llevabas con Alex.
–Pues me parece que ya lo sabes –rio Fran.
–Sí. Yo sabía que eras la mujer perfecta para él.
–¿No seguirás intentando emparejarnos?
–¿Te habías dado cuenta?
–Claro que sí. Y tu hermano también.
–Vaya, es más listo de lo que creía.
–No hay nada entre tu hermano y yo, Rosie.
–¿Estás segura?
–Claro que sí.
–Pero si pudieras, le darías con la cuchara en la cabeza.

–¿Y qué?

–Que las cosas siempre son así entre los hombres y las mujeres. Una quiere darles un golpe en la cabeza... antes de besarlos.

–La idea de besar a tu hermano jamás se me ha pasado por la cabeza –mintió Fran.

–Di lo que quieras. El tiempo me dará razón. Yo he plantado una semilla y...

–Me alegro de que hayas venido, Madre Naturaleza. Pero tienes que salir de la librería más a menudo. O mejor, dejar de leer ciencia-ficción. Alex y yo no tenemos nada que ver.

–Te equivocas, amiga mía.

–Alex me habló de Beth. ¿Cómo era?

Rosie dudó un momento antes de contestar.

–Era una buena persona y quería mucho a mi hermano.

–Alex no cree que pueda volver a enamorarse nunca.

–El tiempo lo dirá –suspiró Rosie, dirigiéndose a la puerta–. Pero sigo creyendo que tengo razón. Y, algún día, tú tendrás que dármela, lista.

Antes de que pudiera replicar, su amiga desapareció.

Fran tenía que admitir que Alex era una tentación. Llevaba un mes trabajando con él y la atracción era cada día más fuerte. Su corazón daba saltos cada vez que aparecía en la cocina. Lo único que la salvaba era el desinterés del hombre. Alex ni siquiera aparentaba encontrarla atractiva.

Y era un alivio, se dijo a sí misma. Sí, con el tiempo y varias duchas frías, se convencería de eso.

Pero era mejor que no estuviera interesado en ella. No quería casarse y estaba segura de que ningún hombre podría hacerla cambiar de opinión. Aunque encontrara un hombre que la amase de verdad.

Solo esperaba que Rosie no se llevara una desilusión cuando terminara el contrato y sus esfuerzos por emparejarla con su hermano no hubieran dado resultado.

Alex entró en la cocina para asegurarse de que todo estaba preparado.

–¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Fran salió del congelador industrial, vestida de blanco, como un ángel. Tenía un aspecto tan cálido que podría derretir todo lo que hubiera en ese congelador, incluido su corazón. El pensamiento lo hizo sentir culpable.

–Hola.

–¿Preparada?

–Sí. Cuando llegue tu familia, meteré todo en el microondas –contestó ella.

–¿Estás nerviosa?

–Un poco.

–¿Por qué?

–Porque sí. No quiero defraudar a nadie.

–No lo harás. A mi familia le encantará la comida, seguro.

–Eso dijo Rosie el otro día.

–¿Y qué más te dijo?

–Nada. Estuvimos charlando un rato –contestó Fran, sin mirarlo.

Alex imaginaba muy bien de qué habían estado charlando. Cuando a Rosie se le metía algo en la cabeza, sobre todo si era un romance, no había forma de que se olvidase del asunto. Era igual que su madre. Pero él no quería saber nada de eso. Y Fran tampoco.

–Muy bien. ¿Te importa si echo un vistazo a nuestros niños? Los platos, quiero decir.

–Tú eres el jefe –murmuró ella.

¿Qué le pasaba?, se preguntó, sorprendido. Cuando entró en el congelador, vio las bandejas de pizza congelada, espagueti, lasagna, albóndigas, raviolis... y algo desconocido, un plato de pasta con una salsa blanca. Su atractiva jefe de cocina se había rebelado.

–¿Qué es eso?

Fran se irguió todo lo que le permitía su metro sesenta.

–He pensado hacer una receta más, por si acaso.

–Los raviolis tienen muy buen aspecto.

–Sí, pero ya veremos qué pasa cuando los descongele.

–No te preocupes.

–Pero si tú mismo has visto que no descongelan bien...

–A mí no me parecieron tan malos. Pero da igual. Cuéntame cuál es esa receta nueva.

–Lleva pocos ingredientes y es muy fácil de hacer, de modo que se pueden sacar buenos beneficios. Además, es deliciosa.

Alex negó con la cabeza. No quería lanzar demasiados platos para no confundir al cliente.

–Será mejor que presentemos los cuatro platos que habíamos dicho y después, ya veremos.

Fran levantó la barbilla, desafiante. Era algo que hacía a menudo. Al contrario que Beth. Ese pensamiento lo sorprendió. Beth siempre había aceptado sus deseos sin discutir, como lo de posponer la boda.

Pero si Fran quisiera casarse, lo haría cuando, como y con quien le diera la gana. Afortunadamente, no quería.

–Quiero que tu familia pruebe ese plato. Si no les gusta, no pasa nada.

–¿Voy a tener que ponerme duro?

–¿Por qué no resolvemos esto entre caballeros?

–¿Qué quieres decir? –preguntó Alex, divertido.

–Vamos a echar un pulso. Si ganas tú, no presento el plato. Si gano yo, tu familia lo prueba y decide.

Él soltó una carcajada.

–Pero si te saco dos cabezas y peso el doble que tú.

–Da igual. ¿Echamos un pulso?

–Si insistes... pero vas a perder.

Fran apoyó el codo en la mesa.

–Vamos.

–Muy bien. Pero que conste que me siento culpable por ganarte con tanta facilidad.

–No te preocupes por mí –dijo Fran, con los ojos brillantes.

Cuando Alex tomó aquella mano, pequeña y de dedos perfectos, sintió un escalofrío. ¿Qué estaba haciendo? Eso no era lo que su padre le había enseñado. Un hombre debía respetar a las mujeres, el sexo débil...

¿Sexo débil? ¿A quién se le habría ocurrido tamaña estupidez?

–Cuando quieras.

–Cuando tú digas –dijo Fran.

–Puedes usar las dos manos si quieres –ofreció él, sonriendo.

Su trabajo era mucho más divertido desde que ella estaba en la empresa, pensó. Y no por primera vez.

–No me hagas favores.

–Muy bien. Pero no quiero hacerte daño. Si quieres abandonar,

dilo.

–De eso nada.

Alex miraba sus labios, tan generosos, tan suaves. Y tan cerca que podría...

Un segundo después, Fran acercó su cara y lo besó en los labios.

Su primer pensamiento fue que sabía mejor de lo que había pensado. Y el segundo, que no quería apartarse de ella jamás. Su respiración se aceleró al escuchar el femenino gemido de placer. Mientras exploraba el interior húmedo, acariciaba su pelo con la mano libre, soltando la goma que lo aprisionaba.

Pero no era suficiente. Quería más. Lo quería todo. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de cómo deseaba tener una mujer en sus brazos.

O quizá solo deseaba a Fran.

Estaba a punto de abrazarla cuando ella tiró de su mano hacia abajo.

–¡He ganado!

Alex la miró, atónito.

–Pero si has hecho trampa...

–He hecho lo que tenía que hacer. Crecer con cuatro matones me ha enseñado muchas cosas –sonrió ella–. Sobre todo, que el cerebro es mucho más importante que la fuerza.

–Muy bien –dijo él, colocando el codo de nuevo sobre la mesa–. Al mejor de tres.

Si quería ganarle con una trampa y la trampa era un beso, él le enseñaría cómo hacerlo.

Pero antes de que Fran pudiera replicar, escucharon un aplauso en la puerta. Cuando Alex se volvió, vio a toda su familia sonriendo.

Flo Marchetti se acercó y le dio un beso en la mejilla.

–Si no sabes perder no juegues, hijo.

Capítulo 6

LA INTENCIÓN de Fran había sido sorprenderlo para ganar, pero había sido ella la sorprendida. El contacto con los labios del hombre la había dejado sin aliento.

Y, además, la familia de Alex los había visto besándose. Corrección: no toda la familia, solo los que debían votar.

Afortunadamente, pudo mantenerse seria durante las presentaciones.

Nunca había visto a todos los hombres de la familia Marchetti juntos. Y debería haber una ley que lo prohibiera porque tantas hormonas masculinas en una habitación podrían provocar desmayos.

Incluso ella tuvo que suprimir un suspiro. Todos los hermanos tenían el pelo y los ojos oscuros, excepto Luke, que los tenía azules. Todos eran altos, fuertes y suficientemente guapos como para tentar hasta a la más recalcitrante solterona.

Pero Alex era el más guapo de todos.

Afortunadamente, el beso había terminado al aparecer a su familia. Porque, si no hubieran aparecido... Lo mejor era no pensarlo.

Después de que todos se sentaran a la mesa preparada al efecto, Fran empezó a meter los platos en varios hornos.

–Hay que probar la comida como lo hará el consumidor, directamente del microondas –empezó a decir, mientras todos la miraban con curiosidad. Unos minutos después, mientras los Marchetti probaban sus habilidades culinarias, Fran se quedó en silencio. Pero solo durante un segundo–. He usado los aditivos más sanos del mercado.

Nadie decía nada. Flo, la madre, probó los raviolis rellenos.

–El queso se desmigaja.

–Este era el plato más difícil. He intentado usar todo tipo de

aditivo, incluso aditivos químicos, que es algo normal en los platos congelados, pero es muy difícil conseguir que el *ricotta* mantenga sus cualidades –explicó Fran.

Los Marchetti siguieron con el resto de los platos y cuando Flo probó la nueva receta, levantó la cabeza, sonriendo.

–Esto es delicioso.

Todos estuvieron de acuerdo. La pizza, la lasagna, las albóndigas y los espagueti fueron un éxito. Y, como había esperado, su receta secreta era la favorita de todos.

Fran miró a Alex. ¿Compartía la opinión de su familia?

–¿Qué es esto, Fran? –preguntó Nick.

–Cabello de ángel con salsa de nueces.

–Es maravilloso. Una sorpresa total.

–Gracias.

–Pero los raviolis...

–Habrá que mejorar la textura del queso para poder incluir este plato en la lista –dijo Nick.

Fran miró a Alex de nuevo. Estaba muy serio, pero no decía nada.

–He intentado congelar el queso de ocho maneras distintas. Yo no encuentro la forma, lo siento.

Era raro que las mujeres tuvieran una segunda oportunidad en aquella industria. En general, tenían que hacer el trabajo dos veces mejor que los hombres para no perder el empleo y ella había sabido desde el principio que aquel plato era imposible. El resto de las recetas habían sido un éxito, pero Alex Marchetti quería que todo fuera perfecto y Fran estaba segura de que rescindiría su contrato.

En ese momento, él estaba probando el cabello de ángel.

–Está muy bueno.

–Gracias –dijo Fran, quitándose el mandil–. Bueno, será mejor que me marche. Supongo que querrán tomar una decisión.

Estaba segura de que Alex no admitiría el fracaso con los raviolis, un plato que, según él, era fundamental para la familia Marchetti. Se había equivocado con él. Le había parecido una buena persona, pero quizá era como todos los hombres que había conocido en aquella industria.

–¿Dónde vas? Tienes que quedarte, Fran.

¿Qué quería? ¿Restregarle el fracaso de los raviolis por las narices? Ella le había dicho desde el principio que aquel plato no se

podía congelar.
–Ya te dije…
–Creo que todos estamos de acuerdo en que los platos que podemos lanzar al mercado son los espagueti, la lasagna, las albóndigas y la pizza. En cuanto a los raviolis… –empezó a decir él, mirando a su familia–. Imposible. No podemos usarlos, de modo que los sustituiremos por el cabello de ángel.
–¿Qué?
–Tu receta es fantástica –sonrió Alex–. Además, como tú has dicho, es un plato fácil de preparar que puede darnos muchos beneficios.
–Eso me gusta –dijo Luke, el director financiero de la empresa.
–Además, está riquísimo –intervino Nick.
–Lo cierto es que Fran me advirtió que el queso *ricotta* no podía congelarse.
–¿Y para qué lo habéis intentado? –preguntó su madre.
–Admito que ha sido culpa mía –suspiró Alex–. Fran es la experta y no quise hacerle caso. Y tampoco quise incluir su receta.
Ella estaba sorprendida por la sinceridad del hombre.
–¿Por qué cambiaste de opinión? –preguntó Joe.
–No cambié de opinión. Nos lo apostamos a un pulso y ella me ganó.
–Hice trampa –explicó Fran.
–¿Te has dejado ganar por una chica? –rio su hermano.
–No seas idiota –sonrió Alex.
–Ahora que lo pienso, Joe, aún no has decidido el menú para tu boda, ¿verdad? –preguntó su madre.
–Pues no. No hemos tenido tiempo.
–Yo creo que Fran es la persona indicada para ello.
–Fran es perfecta –asintió Alex.
Ella tuvo que disimular la alegría que le producía el comentario.
–Cualquier buen cocinero podría encargarse de ello.
–Sí, pero alguien que puede hacer que la comida congelada sepa tan deliciosa es un genio –dijo Joe–. Me encantaría que te encargases tú, Fran. Así, además, el tonto de Alex tendría alguien con quien hablar en la boda. A menos que tengas marido o novio o…
–No, yo…

–Estupendo –la interrumpió él–. ¿Quieres encargarte del menú de mi boda? ¿Y te importa ser la pareja de Alex en un día tan importante?

No solo no la habían despedido, sino que le había salido otro trabajo. La familia Marchetti era muy interesante.

–Me encantaría. Me refiero al menú –contestó ella, sin mirar a Alex–. ¿Por qué no quedamos con Liz para hablar de los detalles?

–Genial. Te llamaré para decirte qué día.

–Menos mal que Joe es encantador –dijo Flo–. Mucho más que Alex, que es demasiado serio.

–A veces, también él es encantador –sonrió Fran.

Los ojos de Flo Marchetti se iluminaron.

–Bueno, vámonos. Alex y Fran tienen cosas que hacer.

Como una gallina, Flo se llevó a toda su familia hacia la puerta, despidiéndose a toda prisa para dejarlos solos cuanto antes.

–No es muy sutil, ¿verdad? –sonrió Fran.

–No. Es peor que Rosie.

–Los padres son así. Siempre quieren lo mejor para sus hijos, aunque sus hijos quieran otra cosa.

–Ellos están convencidos de que hay una mujer para mí en alguna parte.

Fran diría que los Marchetti pensaban en ella, pero estaban equivocados. Además, Alex no estaba buscando pareja. Había tenido un amor, una mujer que quería ser la madre de sus hijos... Fran no tenía nada que ver con eso. Aunque a veces, como cuando se habían besado, deseaba ser la clase de mujer por la que Alex Marchetti se sentiría atraído.

–Tu familia parece tan orgullosa de ti como tú de ellos. Has conseguido tu objetivo.

–Gracias a ti –dijo él, apoyándose en la encimera–. Debería haberte escuchado. Aunque lo del pulso es una técnica interesante. Podríamos hacer un seminario.

Se refería al beso y Fran sintió que un escalofrío le recorría la espalda. El recuerdo de aquel beso hizo que casi tuviera que abanicarse. ¿Qué iba a hacer? Le quedaban al menos dos meses de contrato y tendría que verlo todos los días.

Había aprendido que si un hombre estaba interesado en ella, probablemente era porque quería algo y se había prometido a sí

misma que no volvería a dejarse engañar. Pero Alex Marchetti, con su atractivo, su posición en la empresa, su sinceridad…

Y aquel beso. Fran estaba pisando terreno poco firme.

–Creí que ibas a despedirme.

–¿Por hacer trampas en el pulso?

–No, por los raviolis.

–¿Por qué iba a hacer eso? Has presentado una receta mucho mejor.

–No sé. Quizá tengo demasiados prejuicios.

–¿Por qué, Fran? ¿Quieres contármelo?

–No, pero creo que debo hacerlo. En la escuela de hostelería conocí a un chico y me enamoré. Creí que él también me quería, pero la verdad es que solo le interesaba robar mi trabajo, copiar mis recetas… ya sabes.

–Lo siento.

–Eso no es lo peor. Durante una prueba en la que teníamos que hornear pan, él hizo trampa y cuando el instructor se dio cuenta de que uno de los panes había sido comprado, Colin me pidió que dijera que había sido yo porque él estaba a punto de ser expulsado de la escuela y yo era la primera de la clase. Acepté y estuvieron a punto de expulsarme a mí. Menuda idiota.

–Y seguro que ni siquiera te lo agradeció.

–Me dejó dos días después porque había conocido a otra persona.

–Menudo bastardo –murmuró Alex.

–La culpa fue mía. Estaba ciega. Lo que me da rabia es haberme tragado todos sus cumplidos y sus tonterías sin darme cuenta de que solo me estaba usando.

–No todos los hombres son así, Fran.

Era posible, pero ella no quería volver a sufrir.

–Da igual. Además, después de eso me di cuenta de algo muy importante; las relaciones sentimentales hacen que una mujer se olvide de sí misma.

–Esa no es la lección, Fran –dijo Alex–. Dos personas que se quieren son más fuertes juntas que separadas.

–¿Cómo tú y Beth?

–Sí. Ese tipo era un cerdo, pero no todos los hombres son como él.

–Pero el hecho es que yo lo quería y estuve a punto de destrozar

mi carrera por él. No volveré a hacerlo nunca.

–¿Tu padre sabe algo de esto?

–¿Estás loco? No se lo contaría nunca.

–Quizá si le cuentas tu historia dejará de insistir en que debes casarte.

–De eso nada. Buscaría a Colin para defender mi honor y después mis hermanos se encargarían de él. Y luego, para rematar la faena, me buscaría un marido decente, convencido de que no tengo juicio para elegir uno yo misma. No, gracias. Mejor no decir nada.

–Supongo que sabes lo que haces –sonrió Alex.

Fran miró su reloj.

–Es tardísimo. Tengo que ir a comprar un regalo para mi madre. Mañana es su cumpleaños.

–Iré contigo.

–¿Dónde?

–A comprar el regalo.

–¿Para qué? –preguntó Fran, sorprendida.

–No sé, me gustaría. Y también me gustaría conocer a tu familia. Tú conoces a la mía.

–No lo dirás en serio.

–Claro que sí. ¿Por qué te resulta tan difícil creer que quiero conocerlos?

Fran le puso la mano en la frente.

–No tienes fiebre. Eso quiere decir que estás loco.

–¿Por qué?

–Porque sería como entrar en una agencia de contactos –contestó ella, colocando los platos en el lavavajillas.

–Tú has conocido a los Marchetti y son exactamente iguales –replicó él, metiendo los cubiertos.

–Pero intentarán emparejarnos y te volverán loco a preguntas: ¿Dónde nos conocimos? ¿Cuáles son tus intenciones? ¿Si me has besado?

–Los dos sabemos quién besó a quién –dijo él, levantando una ceja.

–Vale, hice trampa. Pagaré un castigo –sonrió Fran. No podía mirarlo sin desear que aquel beso se repitiera, con más intensidad todavía–. Pero mi familia no debe saberlo. De hecho, es mejor que no digamos nada. Cualquier información complicaría las cosas.

–¿Qué quieres decir?

–Que los Carlino no son muy sutiles.

–¿Y mi familia sí?

–¿Comparada con la mía? Sí.

–No pueden ser tan malos –rio Alex.

–Pueden ser peores.

–¿De qué tienes miedo, Fran?

–De nada –contestó ella, quizá con demasiada rapidez.

¿Iría al infierno por aquella mentira? ¿Mentir era peor que hacer trampa o mejor? Se estaba protegiendo. Era malo tener que verlo todos los días, pero presentarle a su familia... eso hacía que dejara de ser una relación profesional.

–Entonces, ¿cuál es el problema? Si estás buscando un guardaespaldas, aquí lo tienes. Soy el hombre perfecto. Los Marchetti me han entrenado para esto toda la vida. ¿Quién podría entenderlo mejor que yo?

–Solo estoy intentando que no vayas engañado. Mi padre y mis hermanos han asustado a los pretendientes más intrépidos.

–Yo no soy un pretendiente. Además, tengo anticuerpos, soy inmune a cualquier cosa que los Carlino puedan intentar contra mí.

–¿Seguro?

–Absolutamente.

Sería agradable ir con él. Además, Alex lo había dejado claro. Él no era un pretendiente.

Entonces, ¿cuál era el problema?

–Muy bien –dijo Fran por fin–. Puedes venir. Pero luego no digas que no te lo advertí.

Capítulo 7

ALEX fue a buscarla a su apartamento y juntos se dirigieron a Woodland Hills, en el valle de San Fernando.

–Ahí. Gira a la izquierda, la segunda casa.

Él siguió sus instrucciones y paró tras una línea de camionetas, todas con el logo «Construcciones Carlino».

Después de apagar el motor, miró a Fran. Con los vaqueros y el jersey rosa estaba preciosa. Tanto que le hubiera gustado llamarla Frannie.

Su hermana tenía razón. El nombre le iba bien. Pero, aunque Fran era perfecta, no era para él. Alex había encontrado una mujer perfecta en su vida y era imposible que otra entrase en su corazón.

Por eso su reacción ante el beso del día anterior lo había dejado tan agitado. Cuando sintió los labios femeninos sobre los suyos, su corazón se disparó. De hecho, cada vez que ella estaba cerca, su corazón se aceleraba.

Durante toda la noche se había dicho que, simplemente, lo había pillado por sorpresa. Y eso era. No quería pensar más. Estaba harto de hacerse preguntas. Era sábado y le apetecía mucho pasar el día con ella... y con su curiosa familia.

–¿Entramos?

–Aún no es tarde para dar marcha atrás.

Por enésima vez desde que había ido a buscarla, Alex se fijó en su boca. Sabía lo dulce que era, lo suave. Y quería volver a besarla.

Pero aquella deslealtad hacia su amor perdido lo hizo sentirse culpable.

–Los Marchetti no somos cobardes.

–Muy bien, héroe. Vamos.

Cuando estuvieron fuera del coche, le puso una mano en la espalda y sintió algo así como una corriente eléctrica. Afortunadamente, en la otra mano llevaba la tarta que Fran había

hecho para su madre, porque si no hubiera sido así, la habría tomado en sus brazos allí mismo.

–¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

–Estoy aquí –contestó una voz femenina.

Entraron en una bonita cocina con visillos blancos en la que una mujer de la estatura de Fran, pero más gordita, estaba moviendo algo con una cuchara de madera.

–Hola, mamá.

–Hola, Francesca –saludó la mujer con una sonrisa.

–Feliz cumpleaños –sonrió Fran, abrazándola.

–Tú debes de ser Alex.

–Alex, te presento a mi madre, Aurora.

–Encantado de conocerla.

–Lo mismo digo. Y llámame de tú, por favor. Voy a buscar a mi marido.

–Espera, mamá –dijo Fran, tomándola por los hombros–. ¿Por qué no esperamos un poco para el segundo acto? Y, por cierto, ¿qué haces en la cocina?

–Cocinando, hija –contestó su madre, encogiéndose de hombros.

–Hoy es tu cumpleaños, no deberías cocinar.

–No me importa.

–Dame esa cuchara –dijo Fran.

–Ya era hora, Francesca Isabella –escucharon una voz masculina. Cuando se volvió, Alex vio a un hombre muy alto de pelo gris–. Eso, tú ponte a cocinar. Para algo fuiste a esa escuela de cocina tan elegante.

–Hola, papá –lo saludó Fran, besándolo en la mejilla.

–¿Cómo estás, cariño? ¿No vas a presentarme a tu amigo?

Alex vio que Fran se ponía tensa y tuvo que sonreír.

–Encantado de conocerlo. Soy Alex Marchetti –dijo, estrechando la mano del hombre.

–Leonardo Carlino. ¿Cómo conociste a mi Frannie?

–Trabajamos juntos. Fran prepara recetas para mi empresa.

–Ah, es usted el hombre de los platos congelados.

–Hombre, esta vez me ha escuchado –murmuró Fran.

–Sí, señor. Soy el de los platos congelados.

–¿Desde cuándo sales con Frannie? –preguntó Aurora.

Antes de que Alex pudiera contestar, tres jóvenes entraron en la

cocina.
–Hola, Frannie. ¿Cómo estás? –preguntó el primero de ellos, dándole un abrazo de oso.
–Hola, Max.
Uno por uno, todos los hermanos la abrazaron. Debían tener entre veinticinco y treinta años y todos eran tan altos como su padre.
–¿Vas a presentarnos a tu amigo, Fran? –preguntó el que parecía mayor.
–Sí, Frannie, presenta a tu novio –dijo su madre.
–¡No es mi novio! –protestó ella–. Chicos, os presento a Alex Marchetti. Alex, te presento a Max, el mayor, Mike, el simpático, Sam, el serio y John, el pequeño.
–¿El pequeño? –protestó su hermano–. ¿No tienes nada bueno que decir de mí?
–Sí, que te gustan demasiado las mujeres –rio Fran–. John Carlino es el conquistador de la familia. Lo adoran, pero él pasa de todas ellas.
Su hermano la tomó en brazos.
–Cuando conozca a una tan guapa como tú y que cocine igual de bien, no pasaré.
–¡Déjame en el suelo! Y, además de cocinar, las mujeres tienen muchas otras cosas que ofrecer, idiota.
–Ya lo sé. Eso es lo que dices siempre.
–¿Y de qué me vale?
–Bueno, no nos has dicho de qué os conocéis Alex y tú.
–Trabajamos juntos –suspiró Fran.
–¿El de los platos congelados?
–Ese –sonrió Alex.
–¿Qué forma es esa de preguntar, Max? ¿Te has criado entre lobos? ¿Es que no vas a darle uno de esos abrazos con palmaditas en la espalda?
–Ese es un estereotipo masculino, hermanita.
–¿No me digas? Me temo que soy un producto de mi entorno –replicó ella, irónica.
–Encantado, Alex –dijo Max, estrechando su mano.
–Nos estamos perdiendo el partido –intervino Leonardo Carlino–. ¿Por qué no vienes con nosotros al salón?
Alex miró a Fran y sintió un estremecimiento al ver cómo sus ojos

se oscurecían. Debía estar acostumbrada a esas cosas, pero no le gustaban nada.

–¿Puedo ayudar en algo?

–Deja eso para las mujeres –insistió Leonardo.

–Gracias, pero es mejor que vayas al salón –sonrió Aurora–. La cena estará preparada dentro de media hora.

Alex volvió a mirar a Fran, estudiando su reacción.

–No pasa nada.

Pero sí pasaba, estaba seguro. Y le hubiera gustado quedarse con ella para consolarla.

Después de la cena, Aurora cortó la tarta de cumpleaños. Mientras le enseñaba la casa, Fran le explicó que el salón era antes el garaje. Lo habían convertido en una habitación de ladrillo en forma de L, con una zona de estar y una zona de juegos en la que había una mesa de billar. El trabajo lo había hecho su propio padre, propietario de una empresa de construcción, que según Fran era bastante próspera.

–¿Han aprobado los planos los de la oficina en Santa Mónica, Max? –preguntó Leonardo–. Max es arquitecto –añadió, orgulloso.

–Aún no. Pero parece que solo faltan un par de firmas.

–Ah, estupendo.

–A mí también me están saliendo bien las cosas –intervino Fran–. Los Marchetti han aprobado mis recetas para el lanzamiento de la campaña.

–Y antes de lo previsto, además.

–Qué bien –dijo su padre–. Mike, ¿qué pasa con el presupuesto de la casa de Encino?

Alex vio la desilusión en el rostro de Fran. Era innegable. Y podía entender por qué.

–Aún no han tomado una decisión, pero yo creo que van a decir que sí.

–Buen trabajo, hijo.

–Papá, ¿te he dicho que a los Marchetti les encantó mi nueva receta de cabello de ángel? Van a incluirla en el menú.

–Me parece muy bien que te diviertas, hija.

–Papá, no me estoy divirtiendo. Es mi trabajo –protestó ella.

Su padre se encogió de hombros.
–Un marido y una familia. Eso es lo que deberías buscar. Sam, ¿has encontrado equipo para el trabajo de Thousand Oaks?
–Me falta uno de los peones, pero mañana lo tendré.
–Estupendo.
Fran sacudió la cabeza, incrédula.
Unos segundos después, todos estaban cantando el «Cumpleaños feliz», mientras Aurora soplaba las velas.
–Alex y yo... –empezó a decir entonces.
–¿Qué te parece Frannie? Es buena cocinera, ¿verdad?
–Papá, por favor.
–Si no fuera buena cocinera, no trabajaría para mí –sonrió Alex–. Su hija es muy buena en su trabajo. Tiene potencial para convertirse en una estrella en el mundo de la hostelería.
Había empezado a irritarlo aquella actitud machista de los Carlino. En realidad, imaginaba lo que Fran había tenido que soportar durante toda su vida. Era normal que no quisiera saber nada de relaciones sentimentales. Tenía miedo de perderse viviendo con un hombre. Desde luego, su familia no se lo ponía nada fácil.
–Ya –murmuró Leo.
–Gracias a ella, tenemos la oportunidad de intentar entrar en un mercado que mueve cuatro mil millones de dólares al año.
Los Carlino levantaron las cejas al unísono.
–¿Cuatro mil millones? –repitió su padre.
–Eso es. Y yo intento quedarme con mi parte de ese pastel, pero no podría haberlo hecho sin Fran.
–Sí, desde luego mi chica sabe cocinar. Sería una esposa maravillosa y el día que se case, me sentiré orgulloso.
Alex miró a Fran, incrédulo.
–Frannie, ¿por qué no cortas la tarta? Todos queremos probarla.
Sin decir una palabra, ella obedeció y cuando Alex probó el pastel de chocolate, tuvo que cerrar los ojos.
–Es delicioso. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que podríamos crear una línea de postres congelados.
–Muy bien –dijo Fran, sin alegría.
Alex esperaba que todo el mundo la felicitara, pero nadie dijo nada. Los Carlino tomaban la tarta con cara de felicidad, pero ninguno de ellos se molestó en hacerle un cumplido.

Aquello era demasiado.

–Pero bueno... ¿saben ustedes el talento que tiene Fran? Ningún jefe de cocina habría podido hacer lo que...

–¿Sabes jugar al billar? –lo interrumpió ella.

–Sí –contestó Alex, imaginando que no quería una confrontación–. ¿Tú juegas bien?

–Frannie es una campeona –dijo Sam–. Ten cuidado o te desplumará.

–Entonces, debo advertirte. Yo fui campeón de billar en la universidad.

–Si estás intentando intimidarme, te diré que es una pérdida de tiempo –replicó Fran, dándole un taco–. Tengo nervios de acero.

–Ya me he dado cuenta –sonrió Alex.

–¿Quién empieza, tú o yo?

–¿Vas a hacer trampas?

Si las trampas eran besos, esperaba que no dejara de hacerlas. La sola idea hizo que su corazón diera un vuelco.

–No tengo que hacer trampas. Para ganar al billar no hace falta fuerza, sino habilidad. Y yo tengo mucha.

–Muy bien. ¿Apostamos algo?

–Vale. ¿Cuánto?

–Un dólar.

–Veo que estás muy seguro de ti mismo. ¿Un dólar? –rio Fran.

–No quiero arruinarte.

–No te preocupes por mí. Es tu cartera la que volverá vacía a casa.

–Muy bien. Las señoras primero. Tú empiezas.

Fran colocó el triángulo de madera para ordenar las bolas sobre el tapete verde.

–¿Seguro que voy yo la primera? Eso me da ventaja. Y un dólar es una motivación enorme. Puede sacarme de la ruina –bromeó después.

–Tú tiras la primera.

Cuando ella se inclinó sobre la mesa, ofreciéndole una imagen fantástica de su trasero, Alex deseó pasar la mano por aquellas curvas...

Y entonces se le ocurrió algo. Pero no podía ser. No podía estar intentando distraerlo, ¿o sí? Pues si era así, lo había conseguido.

Cuando Fran iba a golpear la primera bola, Alex carraspeó.

–Perdón, tenía que aclararme la garganta.

–Ya –sonrió ella–. La venganza es una cosa muy fea, Alex Marchetti.

No podía explicarle que no era una venganza, sino más bien alargar el momento para seguir disfrutando de aquella bonita panorámica. Pero, con su padre y sus hermanos a unos metros de ellos, la confesión nunca saldría de sus labios.

–Tienes razón. Me disculpo. Frannie.

Fran lo miró con los ojos entrecerrados.

–¿Quieres jugar sucio? Pues muy bien.

Si «jugar sucio» incluía besar, Alex se apuntaba. Desde que se habían besado, no podía dejar de pensar en ello. Y seguía haciéndolo. Pero no podía haber elegido peor momento. Los Carlino eran demasiados como para tener que enfrentarse con ellos a puñetazos.

–¿Jugar sucio? ¿A qué te refieres?

Fran se volvió de nuevo, irritada. Había vuelto a interrumpirla cuando estaba a punto de golpear la bola.

–Si vas a seguir haciendo comentarios para hacerme perder la concentración...

–Yo no estaba haciendo eso.

–Claro que sí. Y mi venganza será terrible. Soy una mujer de armas tomar, por si no te habías dado cuenta.

Desde luego que sí. Una mujer perfecta. El pensamiento hizo que su corazón se acelerase. ¿Qué le estaba pasando? Si no hacía un esfuerzo, empezaría a besarla allí mismo, delante de los guardaespaldas.

Lo asombraba incluso pensar en ello. Un beso lo había cambiado todo. No solo lo ponía nervioso, sino que empezaba a cuestionarse su lealtad por el recuerdo de su amor perdido. ¿Debería seguir siento leal a Beth después de tanto tiempo?

–Sí, eres la mujer perfecta...

Alex se interrumpió cuando la oyó murmurar algo. Aurora estaba limpiando la mesa y su hija se dirigió hacia ella inmediatamente.

–Mamá, ¿qué haces?

–Limpiando la mesa, Fran. Sigue jugando, anda.

–Es tu cumpleaños. Yo limpiaré la mesa y la cocina.

–Muy bien. ¿Alguien quiere algo más?
–Un vaso de leche –contestó Max.
–Yo iré por él. Siéntate, mamá.
–¿Seguro, cariño?
–Claro.
Fran desapareció con los platos y volvió poco después con un vaso de leche.
–Toma, Maximilian.
–Gracias, hermanita –murmuró su hermano, sin dejar de mirar el televisor–. Pero te has pasado. Solo quería un poco.
Alex se dio cuenta entonces de que Fran estaba a punto de explotar.
–Solo un poco, ¿no? –murmuró ella, con una calma letal. Un segundo después, le tiraba el vaso de leche en los pantalones. Max se levantó de un salto, atónito–. La leche es muy buena para la salud, hermanito.
–Pero... ¿qué haces?
–Francesca Carlino, ¿qué demonios te pasa? –preguntó su padre, perplejo.
–Nada, papá. Pero a ver si te das cuenta de que soy tan importante como tus hijos. Yo también tengo sueños y esperanzas. Y también he conseguido cosas, como ellos.
Después de eso, se dio la vuelta y salió de la casa.

Capítulo 8

FRAN abrió la puerta de su apartamento. Apenas había hablado durante el camino de vuelta a casa. No sabía qué decir.

Pero quizá debía darle una explicación a Alex sobre su comportamiento. Si no fuera su jefe, no tendría que hacerlo, pero...

–¿Te apetece tomar algo?

–¿Me lo vas a tirar encima?

–Solo si me obligases a limpiar y a cocinar para ti –contestó ella, irritada.

–Perdona, era una broma. Una broma tonta, lo reconozco.

Lo que Fran no entendía era por qué se había enfadado tanto. Llevaba toda la vida soportando aquel comportamiento y estaba acostumbrada. Sencillamente, con su familia era imposible. Y no podía matarlos. Había perdido la paciencia aquella noche y sabía que tenía que ver con Alex.

–Lo siento. No quería pagarlo contigo. No voy a tirarte el café, no te preocupes.

–Muy bien.

–¿Qué te apetece?

–Un café.

–A mí también. Tengo que espabilarme.

–Pues si te espabilas mucho, avísame para que me aparte.

–Vale ya, tonto –rio Fran.

Era la última semana de enero y empezaba a hacer frío en California, pero su acogedor apartamento la hacía sentirse cómoda. Y le gustaba tener a Alex cerca. Él la hacía reír, la consolaba su presencia.

Cuando lo miró, algo en sus ojos hizo que le diera un vuelco el corazón. Había un brillo de ansia en ellos, un hambre... Sería mejor no pensar en ello.

Él estaba sentado en uno de los taburetes del salón, observándola

poner la cafetera.

Estaba más guapo que nunca, con aquellos vaqueros y el cuello blanco de la camisa asomando por el jersey. No veía sus pies desde donde estaba, pero sabía que llevaba mocasines. Siempre recordaba cada detalle de Alex.

Él no decía nada, como si estuviera esperando que se calmase. ¿Seguiría en silencio si supiera que deseaba besarlo? Daba igual. Nunca lo sabría.

Pero, de repente, tenía que saber algo. Llevaba pensando en ello desde que lo conoció. Y, después del beso del otro día, la respuesta empezaba a ser de monumental importancia. Aunque sabía que su corazón no estaba en peligro.

Al fin y al cabo, Alex no quería saber nada de las mujeres.

–¿Cómo es que tu secretaria se acordaba de mí?

–¿Qué?

–El primer día que fui a tu oficina tu secretaria me dijo que le habías hecho imposible olvidarse de mí. ¿Por qué dijo eso?

–Porque le gusta meterme en líos –contestó él, sin mirarla.

–Eso no es verdad. Si lo fuera, no sería tu secretaria.

–Vale.

Fran esperó que él le diera una explicación. ¿Por qué necesitaba esa respuesta? ¿Porque se sentía frustrada con su familia? ¿Porque su auto estima estaba dañada? Seguramente. Y Alex era precisamente la medicina porque él, como ella, no estaba buscando amor. Y, después de la escena en su casa, necesitaba que alguien la animase.

–¿Me lo vas a decir?

–De acuerdo. Porque tenía anotados en el calendario los días que faltaban para que empezases a trabajar.

–¿Eso es todo?

–Puede que mencionase tu nombre un par de veces, no sé. ¿Por qué?

–Por curiosidad.

–Eres una estupenda cocinera, Fran. No hay que ser vidente para predecir que tendrás una larga y próspera carrera profesional.

–¿Y qué he hecho yo para merecer tal cumplido? –rio ella.

–No matar a tu familia –sonrió Alex–. Son muy simpáticos, pero es increíble lo anticuados que son con respecto a las mujeres que

trabajan.

–Por cierto, aún no te he dado las gracias.

–Solo dije la verdad. A pesar de lo que diga tu familia, tu trabajo es tan importante como el de cualquiera de tus hermanos.

–Gracias. De verdad.

–¿Por qué? –preguntó él, sorprendido.

–¿Por dónde quieres que empiece? –suspiró ella–. Por soportar las preguntitas, por intentar defenderme...

Especialmente por eso. No muchos hombres se hubieran atrevido a llevar la contraria a los Carlino.

–La cafetera, Fran.

–Ah, es verdad –murmuró ella, viendo que el café estaba preparado.

Cuando hablaba con Alex se olvidaba de todo. Iba a tener que hacer algo con esa adoración.

–¿Lo tomas solo o con leche?

–Con una gota de leche y sin azúcar –contestó él muy serio.

–¿Qué te pasa?

Alex Marchetti era un hombre tranquilo, que nunca parecía irritarse por nada. Era una de las cosas que más le gustaban de él.

–La verdad es que me ha molestado mucho ver cómo te trata tu familia.

–Ya te lo dije. Un anillo de compromiso es lo único que a mi padre le haría ilusión.

–Ahora entiendo que no quieras saber nada sobre los hombres. Tu padre y tus hermanos parecen de la Edad Media.

–A pesar de todo, me quieren –suspiró Fran–. Lo que pasa es que son tan anticuados... Y mi madre no ha podido con ellos.

–Ya sé que te quieren. Pero me parece muy bien que le tirases la leche a tu hermano. Te estaba tratando como si fueras su criada.

Alex la entendía. Era maravilloso. Sin darse cuenta, Fran dejó escapar un suspiro de alegría.

–Mi padre nunca creerá que cocinar es una carrera. A él le parece algo que todas las mujeres deberían hacer. Además, le gustaría que solo lo hiciera en la cocina de mi marido.

–Yo tengo una cocina –dijo Alex entonces.

–Sí, es verdad. Y supongo que tendrás otra en tu casa –dijo Fran, sin mirarlo–. ¿Por qué has dicho eso?

–No lo sé. Era una forma de decir que no entiendo esos estereotipos machistas.

De modo que no era su forma de decir que ella era una mujer especial. Fran se sintió tontamente decepcionada.

–Te lo agradezco.

–Me caes muy bien, Fran. Y espero que podamos ser amigos.

–¿Y Beth? –preguntó ella entonces.

¿Por qué había preguntado?

–Ella siempre estará en mi corazón. Pero tengo que seguir viviendo.

–Entonces, ¿has cambiado de opinión sobre lo de buscar el amor?

¿Es que no podía mantener la boca cerrada?, se preguntó a sí misma, irritada.

–No. Pero hoy se me ha ocurrido que tengo que seguir viviendo sin sentirme culpable cada vez que lo paso bien con alguien.

–¿Y esa revelación ha tenido lugar en casa de mis padres?

–Es difícil de explicar, pero supongo que se me ha ocurrido cuando le has tirado el vaso de leche a tu hermano.

–Ah. Entonces, ¿no debo disculparme por mi comportamiento psicótico?

–A mí me gusta tu comportamiento –murmuró él, mirándola de tal forma que a Fran le temblaron las piernas.

–Vaya, mira la hora que es –dijo ella, nerviosa.

–Supongo que eso es un aviso.

–Se está haciendo tarde.

Deseaba que se quedase, pero si no se marchaba haría alguna tontería. Como rodear su cuello con los brazos y besarlo hasta dejarlo sin aire.

–Buenas noches, Fran.

–Buenas noches. Quiero darte las gracias otra vez –dijo ella, poniéndose de puntillas para besarlo.

Pero entonces, sin previo aviso, él volvió la cara y capturó su boca. Fran se quedó helada. No había esperado aquello. La proximidad del cuerpo del hombre hacía que su corazón latiera alborozado. Sin pensar, levantó los brazos y los enredó alrededor de su cuello, casi sin aliento, apretándose contra él, sus pechos aplastándose contra el duro torso del hombre. Le encantaba sentir los brazos de Alex rodeándola con fuerza mientras él exploraba su

boca.

Cuando sus lenguas se rozaron, pensó que iba a desmayarse. Su corazón latía furiosamente y una sensación de escalofrío la recorría desde la cabeza a los pies.

Entonces, Alex empezó a besarla en el cuello y Fran sintió que sus pechos se hinchaban al rozar el duro torso del hombre.

Él la besaba sabiendo lo que hacía y era una experiencia fantástica. O no era cierto que no tenía práctica o darle placer a una mujer era algo instintivo para Alex Marchetti.

–Fran –susurró él entonces, sobre su boca–. ¿Qué estabas diciendo?

–Me parece que estaba dándote las gracias –contestó ella, cuando pudo encontrar su voz.

–De nada.

–Y ahora tengo que volver a dártelas. Creí que no salías con mujeres hace tiempo.

–Y es verdad –murmuró él.

–Pues besas muy bien.

Alex sonrió.

–Muchas gracias.

–Pero tienes que irte.

–¿Debería pedirte disculpas?

–No –confesó Fran. En realidad, había deseado que ocurriera desde el primer día. ¿Para qué mentir?

Alex le apartó un mechón de la frente.

–Yo también mentiría si dijera que lo siento. Nos veremos el lunes –dijo, abriendo la puerta.

–Espero que no –murmuró Fran después de cerrarla.

Al final de la semana, Alex había decidido que, aunque siguiera besando bien, su intuición con las mujeres empezaba a fallarle. Había tardado cuatro días en darse cuenta de que Fran estaba intentado evitarlo.

Solo lo entendió cuando su secretaria le dijo que ella había cancelado la reunión del viernes por la tarde porque le dolía la cabeza.

La excusa podría ser cierta, pero la echaba de menos.

Tanto, que había ido a su apartamento.

La escena del crimen, donde la había besado. Un beso que lo había dejado temblando. Y a ella también, estaba seguro.

¿Por qué lo había hecho?

Había ocurrido algo aquel día, en casa de sus padres. Nunca había sentido la necesidad de proteger a alguien como quería proteger a Fran, ni siquiera con Beth. Lo cual era raro, porque Fran Carlino tenía mucho más carácter. Sin embargo, intuía que era una chica vulnerable y que podía ser herida fácilmente. Y él no quería hacerle daño. Era todo muy confuso.

Alex se consideraba un hombre inteligente y con sentido común. Pero cuando estaba con Fran, cuando ella lo miraba con aquellos ojos de cervatillo...

–Por eso no se pueden mezclar los negocios con el placer –murmuró para sí mismo.

Si tuviera un mínimo de sentido común, se daría la vuelta. Pero, después de pensarlo, inmediatamente procedió a llamar al timbre. Aparentemente, no tenía ni pizca de sentido común.

Pasaron varios segundos y pensó que ella no iba a abrir. Pero entonces escuchó el sonido de la cadena.

Allí estaba, con pantalones de deporte y una camiseta blanca. Llevaba el pelo sujeto en una coleta y parecía una niña. Tenía ojeras y Alex se sintió culpable.

Pero no como solía sentirse cuando pensaba en Beth. Era otra cosa.

Gracias a Fran, estaba empezando a olvidar el pasado. Sabía que el amor no estaba en su futuro, pero la vida podía ser divertida y satisfactoria. Trabajar con Fran era una experiencia extraordinaria. Aunque estaba empezando a pensar que ella trabajaba demasiado. Y por eso se sentía culpable.

–Hola.

–¿Qué haces aquí?

–Estaba preocupado por ti. Joyce me dijo que te encontrabas mal.

–Me duele la cabeza.

–Ya.

–¿Has venido a ver cómo estoy?

–Te he traído lo mejor para la jaqueca –sonrió Alex, mostrándole una bolsa–. Te lo pones en la frente y se pasa el dolor.

–¿Siempre eres tan solícito con tus empleados?
–Solo con los que trabajan demasiado.
Fran miró por encima de su hombro, como si hubiera alguien en su casa.
–Pues aquí no hay nadie que reúna esas características.
–¿Te importa que entre? Solo me quedaré cinco minutos.
–Sí, claro. Pasa.
–Gracias.
Alex pudo oler su perfume cuando pasó a su lado.
La fragancia, como un prado lleno de flores, se quedaría con él para siempre. Si estuviera en una habitación completamente a oscuras, el olor lo llevaría hasta ella. Y encontrar su boca sería tan fácil...
Un deseo sorprendente lo asaltó entonces. Quería besarla de nuevo, sentir sus pechos apretados contra él...
Fran lo había devuelto a la vida. Pero solo era deseo, puro y simple. No podía ser otra cosa. Además, a pesar de que ella lo negaba, Fran deseaba encontrar el verdadero amor. Estaba seguro. Y él ya no tendría esa oportunidad.
Pero no era esa la razón por la que había ido a verla, se dijo a sí mismo. Solo estaba siendo un buen samaritano.
–Pues a mí me pareces muy cansada –dijo, tomándola del brazo para llevarla al sofá.
–¿Ah, sí?
–Sí. Tienes mala cara y estás muy gruñona.
–Eso no es verdad –protestó Fran.
–Túmbate.
–Pero...
–Soy tu jefe. Te lo ordeno –dijo Alex con firmeza. Ella obedeció, sonriendo–. ¿Qué tal ahora?
–Mucho mejor.
–Me alegro. Y tengo algo más para ti.
–¿Qué?
–Un fin de semana en la montaña.
–¿Qué dices? –exclamó Fran, sorprendida.
–Mis padres tienen una cabaña en Big Bear. Es una especie de nido de amor. Rosie y Steve se enamoraron en ella.
–Entonces, supongo que tú no vas mucho por allí –sonrió Fran.

–No. Y ahora tampoco pienso ir. Quiero que vayas tú sola. Unos buenos paseos al aire libre te sentarán bien.

Ella lo miró, perpleja.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto.

–La verdad es que suena muy bien.

Claro que sonaba bien. Pero no tanto como la idea de tomarla entre sus brazos y besarla hasta que ella dejara escapar esos suspiros que lo volvían loco.

–Pues entonces, decidido.

–Muy bien.

–Espero que te diviertas. Y no vuelvas hasta que hayas dejado de gruñir. O hasta que hayas dejado de evitar a tu jefe, que soy yo.

Lo último era lo más importante.

Capítulo 9

FRAN abrió la puerta de la cabaña y miró alrededor. Había una chimenea circular en medio del salón. A un lado, un sofá de cuadros y dos sillones, con una mesita de café. Era una típica cabaña rústica, preciosa...

Pero cuando pisó la alfombra, notó que estaba empapada.

Alarmada, entró en la cocina y vio que salía agua de debajo del fregadero. El suelo estaba inundado.

–Oh, no –murmuró, angustiada–. ¿Qué hago?

Fran buscó una llave inglesa para cerrar la llave de paso. Si no hacía algo rápido, el suelo de madera acabaría destrozado. Su primer instinto fue llamar a Alex, pero luego lo pensó mejor.

Cuando le ofreció la cabaña para el fin de semana, había imaginado que quería poner distancia entre ellos. El beso en su apartamento era demasiado peligroso para los dos. Fran había conseguido evitarlo en el trabajo y debía aprovechar que tampoco lo vería durante el fin de semana. Lo mejor sería llamar a algún otro de los Marchetti. Pero era sábado y no habría nadie en la oficina... ¡Rosie! Afortunadamente, había llevado la agenda en el bolso.

Cuando se sentó para llamarla por teléfono el agua llegaba ya hasta las patas del sofá.

–Rosie, soy Fran...

–Hola. Ya me han dicho mis padres que os encontraron a mi hermano y a ti...

–Rosie, escucha. Tengo un problema.

–¿Qué pasa?

–Estoy en la cabaña de tus padres en la montaña. Acabo de llegar y...

–Estupendo. Dale un beso a Alex de mi parte.

–Alex no está aquí. Lo que hay es agua. Litros de agua –empezó a decir Fran–. Se ha roto la llave de paso y el suelo está empapado.

–¡Oh, no! No te preocupes. Te mandaré refuerzos.

–Rosie, no llames a Alex...

Rosie colgó y Fran tuvo la impresión de que su amiga no había oído la última frase. O, más bien, que no había querido oírla. Pero era posible que no lo encontrase en casa. O eso esperaba.

Dos horas más tarde, el coche de Alex aparcaba frente a la cabaña.

A pesar de todo lo que había pensado antes, su corazón se alborozó.

Estaba tan guapo...

Tenía que admitir que valía la pena haber pasado aquella angustia con tal de verlo frente a ella con vaqueros y una camisa de cuadros. Parecía un leñador... de película.

–Hola.

–Hola –sonrió ella–. Los fontaneros han llegado hace una hora y están intentando arreglar el desaguisado.

–Eso espero –suspiró Alex.

–Volví a llamar a Rosie para decirle que ya no tenía que venir nadie, pero...

–No pasa nada. Además, tengo que llamar a los del seguro.

De modo que no había ido por ella. Fran se sintió decepcionada, pero intentó decirse a sí misma que era lo mejor.

–Ten cuidado al entrar. Es como el Titanic.

–Qué mala pata. No sé cómo ha podido pasar.

Alex entró en la casa y Fran se quedó fuera, abrazándose a sí misma para soportar el frío. En cuanto saliera, se despediría de él y dejaría el asunto en sus manos.

–Lo tienen todo controlado –dijo Alex unos segundos después.

La expresión sombría del hombre hizo que su corazón se encogiera. Era una expresión tan diferente de cuando le había ofrecido la romántica cabaña... Obviamente, aquel lugar tenía recuerdos para él. Y no muy felices.

–Siento mucho lo que ha pasado, Alex.

–Hemos tenido suerte.

–¿Llamas suerte a esto? –preguntó ella, señalando la casa.

Alex vio que estaba helada de frío y tomó sus manos para

calentarlas.

–Toda mi familia usa esta cabaña de vez en cuando y todos saben que hay que comprobar la llave de paso antes de marcharse. A alguien se le debió olvidar. Habría sido mucho peor si no hubieras venido a pasar el fin de semana.

–Me alegro de haber podido ayudar.

–Yo también.

–Bueno, ya que estás aquí, me marcho.

Alex frunció el ceño.

–Este fontanero es de confianza, así que yo tampoco tengo que quedarme. En cuanto lleguen los del seguro, comprobarán los daños, colocarán unos secadores industriales y todo quedará como nuevo. Puedes quedarte a pasar el fin de semana, si te apetece.

Le apetecía y mucho.

–Gracias, Alex.

–Muy bien –sonrió él–. Ya que estoy aquí, deja que te enseñe el pueblo. Es lo mínimo que puedo hacer para disculparme por los problemas que te he causado.

–No es culpa tuya.

–Insisto.

Alex no podía recordar cuándo había tenido más suerte o cuándo disculparse había sido más divertido. Cuando su madre lo llamó para informarlo de la inundación, sospechó que era otro de sus intentos por emparejarlo con Fran, pero ella había insistido en que era el único de la familia que podía acudir. Todos los demás estaban, aparentemente, muy ocupados.

Después de que llegaron los del seguro para colocar los secadores y todo lo necesario para dejar la cabaña en el mejor estado posible, fueron a comer al pueblo y después dieron un paseo. Las tiendas estaban decoradas para el día de San Valentín con corazones rojos y guirnaldas de papel.

Mientras caminaban, sus brazos se rozaron varias veces y Alex estuvo a punto de agarrar su mano, pero le parecía un gesto mucho más íntimo que el beso que habían compartido en el apartamento.

Besarla era un acto de deseo, pero tomarla de la mano implicaba ser una pareja, estar enamorado... Y eso no era posible por segunda

vez. Cuando un Marchetti se enamoraba, era para siempre. Al menos, eso era lo que se había dicho a sí mismo tras la muerte de Beth.

Pero eso fue antes de conocer a Fran.

En aquel momento, no estaba tan seguro. Sabía que había una línea entre la amistad y el amor que él no quería cruzar. Besarla era algo fácil de explicar. Él era un hombre y no había podido evitarlo. Pero la tentación de tomar su mano era casi irresistible. Si sus ojos no le tocaran al corazón... Si no quisiera tomarla en sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento...

–Vamos a entrar aquí –dijo Fran entonces, parándose frente a una tienda de tarjetas.

–Vale.

La campanita de la puerta sonó cuando entraron en la tienda, llena de corazones de todos los tamaños para llamar la atención del cliente sobre el día del año reservado a los amantes. El día de San Valentín; el día que su hermano Joe se casaba.

Alex envidiaba a Joe y Liz y al resto de sus hermanos que habían encontrado pareja. A él, aquellos objetos de San Valentín lo hacían desear tener una segunda oportunidad en el amor. El día de los enamorados lo hacía sentir solo.

–Tengo que comprar una tarjeta para Liz y Joe.

–No tienes por qué –dijo Alex–. Encargarte del menú es tarea suficiente.

–Pero me han pedido que acuda como invitada. Por lo menos, tengo que comprarles una tarjeta.

–¿Aunque la idea del matrimonio te dé escalofríos?

–Que yo no quiera lavar y planchar para un hombre no quiere decir que no crea que puede funcionar para otra gente.

–Ya veo.

En realidad, le habría gustado que Fran hubiera cambiado de opinión. Lamentablemente, no era así.

–Algunas personas lo consiguen. Tu hermana, por ejemplo. O mis padres y los tuyos. Pero ya has visto que a mí, eso de que me pidan cosas y no muevan un dedo, no se me da nada bien.

–¿Y si te enamorases locamente?

–Eso no va a pasar –contestó ella, mirando una tarjeta.

La respuesta lo entristeció. Alex había probado su pasión y sabía

que sería una pena que Fran le diera la espalda a una relación amorosa. Si alguien sabía lo hermoso que era amar y ser amado, era él. E intuía que Fran estaba hecha para amar.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Cómo sé qué?

–¿Que no vas a enamorarte?

–Porque no pienso dejar que ocurra –contestó ella con absoluta convicción.

Fran no pudo apartar la conversación de su cabeza durante el resto del día.

De hecho, por la noche cuando fueron a cenar las palabras se repetían en su cerebro una y otra vez. El restaurante era como un nido de amor, un sitio cálido y tenuemente iluminado, perfecto para una pareja. Y no podía dejar de preguntarse si Alex habría insistido en ir allí porque su declaración de no enamorarse jamás había sido como un reto.

–¿Qué te parece este sitio?

–Es exactamente como me gustaría que fuera mi restaurante –contestó Fran.

Aquel lugar, de techos artesonados, suelos de madera y enorme chimenea era el sitio que había soñado toda su vida.

–¿Cómo lo sabes? Aún no has probado la comida.

–No importa. En mi restaurante, yo controlaré la calidad de la comida, del servicio... Lo que me gusta de este sitio es el ambiente que se respira –sonrió ella–. Además, cualquier restaurante en el que sirvan crema de alcachofas con mostaza sobre una tostada de sésamo tiene que ser dinamita.

–Tienes razón.

–¿Quién habría imaginado que hubiera un sitio como este perdido en las montañas?

–Es curioso como encontramos las cosas que siempre hemos buscado en los sitios más inesperados –murmuró Alex, mirándola a los ojos.

La intensidad de aquella mirada hizo que el corazón de Fran diera un vuelco. Se sentía como si estuviera deslizándose, desesperada por encontrar algo a lo que agarrarse para evitar la caída.

–Háblame de Beth.

Esperó que una sombra cubriese las facciones del hombre, pero se había equivocado.

–¿Qué quieres saber?

–¿Qué era lo que amabas de ella?

Alex dejó escapar un suspiro.

–¿Por qué no me preguntas cuál es el peso del átomo? Eso sería más fácil de contestar.

–Entonces, dime qué echas de menos.

–Su generosidad –contestó él sin pensar–. Era una persona muy buena. Siempre estaba haciendo cosas por los demás, sin esperar nada a cambio.

–¿Cómo era físicamente?

–Tenía el pelo rubio, los ojos azules y era muy alta, casi como yo.

Completamente diferente de ella, pensó Fran.

–¿Puedo hacerte otra pregunta?

–Si te dijera que no, me la harías de todas maneras –sonrió Alex.

–¿Por qué querías saber si estaba segura de que nunca iba a enamorarme?

–Porque, en mi experiencia, eso es algo que no se puede evitar. Además, no te imagino sola durante toda tu vida.

–Pero ya has visto cómo es mi familia. Ya has visto cómo mi madre lo hace todo mientras mi padre y mis hermanos están tumbados en el sofá. Yo no quiero que eso me pase a mí.

–No creo que te ocurriera. El amor no cambiaría tu carácter.

Fran lo miró, recelosa.

–¿Por qué estás intentando convencerme de que haga algo que he estado intentando evitar durante mucho tiempo?

–Porque creo que estás hecha para el amor.

–Pues te equivocas.

–¿Has estado enamorada alguna vez?

–Creí que lo estaba –le recordó ella–. Pero no era verdad.

–Entonces, no sabes lo que te pierdes.

–Señor Marchetti, que sea mi jefe no le da derecho a dirigir mi vida –intentó bromear Fran.

–No estaba intentando...

–Sí lo estabas intentando –lo interrumpió ella–. Además, si tú no vas a volver a enamorarte, ¿por qué tengo que hacerlo yo?

–¿Lo ves? Es esa naturaleza apasionada lo que me convence de que necesitas enamorarte.

Fran lo miró en silencio durante unos segundos y después soltó una carcajada.

–Eres imposible.

–Es mi mejor cualidad.

–No te pareces nada a Cupido.

–No, pero...

–Vamos a cambiar de conversación.

–Vale. ¿De qué quieres hablar?

–De eso –contestó ella, señalando la ventana–. Soy una chica de California. Pero incluso yo reconozco lo que son esas cosas blancas que caen del cielo. Está nevando.

Alex frunció el ceño.

–Si sigue nevando así, tendré que pasar la noche en la cabaña. ¿Te importaría mucho?

Por supuesto que le importaba.

–Es tu casa –contestó, sin embargo–. No puedo pedirte que te vayas.

–¿Te doy miedo? –preguntó él entonces, mirándola a los ojos.

–¿Por qué iba a tener miedo?

–Por el beso del otro día.

¿Por qué había tenido que recordar aquello? Fran pensaba que nunca volverían a hablar del asunto, como si nunca hubiera ocurrido.

–Se me había olvidado –mintió.

La risa del hombre le dijo que él lo sabía.

–Vale, jugaremos según tus reglas. Nos olvidaremos del beso.

–¿En qué habitación quieres que duerma? –preguntó Fran.

–En la mía –contestó Alex.

Ella lo miró, sorprendida.

–¿En la tuya?

–¿He dicho eso? Perdón. No, era una broma.

–A mí no me parece que estés bromeando.

Estaban en el piso de arriba, frente a la habitación de juegos, en la que había una mesa de billar, dardos y una mesa cubierta con un

tapete verde para jugar a las cartas. Seguían escuchando el ruido de los secadores industriales, pero afortunadamente el segundo piso empezaba a calentarse.

Alex le había dicho que en aquella cabaña se habían enamorado varios miembros de su familia. Y también le había dicho que él no quería saber nada del amor. Fran contaba con eso. Pero el desliz freudiano sobre su dormitorio... ¿Podría encontrarse en una situación más resbaladiza?

–Aunque no estuviera bromeando, ¿de qué tienes miedo, Fran?

–De mí misma –contestó ella, cruzándose de brazos–. Voy a ser sincera. No sé si tú la sientes o no, pero entre nosotros hay una atracción...

–Sí. Yo también la siento. Llevo mucho tiempo fuera de la circulación, pero soy un hombre y estoy vivo, Fran.

–¿Significa eso que ahora estás buscando pareja? –preguntó ella, con el corazón latiendo como un tambor.

–No. Significa que deberíamos explorar esa atracción. Si lo hacemos, seguro que acabará por quemarse.

Alex dio un paso hacia ella. Su maravilloso olor la envolvía. El calor de su cuerpo parecía atraerla y su fuerza de voluntad estaba empezando a resquebrajarse.

–¿Qué quieres decir con explorar?

–Te lo demostraré. Pero debo advertirte que, aunque acepté tus reglas... no lo hice de corazón.

Después, tomó su cara entre las manos e inclinó la cabeza para rozarla con sus labios. El contacto hizo que a Fran se le encogiera el estómago. Alex enredó los dedos en su pelo con ternura, mientras con la otra mano acariciaba su rostro.

Sin pensar, Fran puso las manos sobre su pecho y él la tomó por la cintura. Su resistencia estaba a punto de desaparecer. Se sentía embriagada por el aliento del hombre, por el contacto de sus cuerpos.

Había pasado tanto tiempo desde que alguien la había abrazado así. No. Había estado antes en los brazos de un hombre, pero nunca la habían abrazado de aquella forma. O quizá ningún hombre la había hecho sentir una emoción tan profunda. Tanto, que la asustaba. Aquel era un juego muy peligroso.

Pero Fran no podía resistirse a jugar un poco. Fuera de los brazos

de Alex había un mundo frío y solitario y aún no estaba preparada para volver a él.

–Un ataque por sorpresa es la forma de conseguir mi objetivo –dijo Alex entonces, con voz ronca.

–¿Y cuál es tu objetivo? –susurró Fran sobre sus labios.

–Ahora verás.

Alex empezó a besarla en el cuello y ella tuvo que ahogar un gemido de placer.

–Misión cumplida.

Siguió besándola y el resultado hizo que Fran se derritiera por dentro. Intentaba respirar, pero el aire no parecía llegar a sus pulmones. Era una locura. Alex parecía tener poder sobre ella. ¿Sería eso amor?

Esperaba que no. Se negaba a enamorarse de él. Alex nunca podría amarla. Y si lo hacía, se perdería a sí misma, se convertiría en su madre. Arruinaría todos sus sueños.

–No podemos hacer esto, Alex.

Él la miró, perplejo.

–Pues yo creí que estábamos haciéndolo muy bien.

–Demasiado bien –murmuró ella, apartándose–. Tenemos que olvidar que ha pasado.

Sin el calor del cuerpo del hombre, se sentía helada. Y perdida.

Alex se pasó una mano por el pelo.

–¿Sugieres un repentino ataque de amnesia?

–Lo digo en serio. Trabajamos juntos y no se pueden mezclar el...

–El placer y los negocios, ya lo sé.

–Tenemos que parar antes de que... ¿Recuerdas tu proyecto? ¿Recuerdas que querías que tu familia se sintiera orgullosa de ti?

–No sé qué tiene que ver una cosa con otra.

–Ya hemos dejado claro que tú no estás buscando pareja y yo tampoco. Aunque todo parezca muy civilizado, terminaría mal. ¿Y qué pasaría entonces con el proyecto?

Alex se mantuvo en silencio durante unos segundos, mirándola con un deseo que no podía disimular. Fran pensó que iba a tomarla en sus brazos de nuevo. Y casi lo deseaba.

–Supongo que tienes razón. No es buena idea.

Fran sintió que su corazón se encogía. Una vez había resultado herida por un hombre que no la amaba. Y Alex y ella habían

decidido olvidar la atracción que había entre ellos a causa de su trabajo.

Era lo mejor, se decía. Pero entonces, ¿por qué le dolía tanto?

–Puedes dormir en la habitación de Rosie. Yo dormiré en la mía.

Había un dormitorio entre ellos. Y esa no era distancia suficiente. Fran miró hacia la ventana y vio que seguía nevando, cada vez con más intensidad.

–Buenas noches, Alex.

Si le estuviera diciendo adiós a la cabaña, a su jefe, al trabajo... su corazón seguiría de una pieza. Pero aún le quedaban cuatro semanas de contrato. Por no mencionar que había aceptado encargarse del menú en la boda de su hermano.

Cuando aquellas obligaciones terminasen, no volvería a ver a Alex. Nunca.

–Buenas noches, Fran.

Él desapareció en su habitación, pero el sonido de su voz, ronca y masculina, se quedó con ella.

Fran suspiró. Iban a ser cuatro semanas muy largas.

Capítulo 10

LA BODA estaba saliendo perfecta. Bueno, quizá había un pequeño fallo: Joe y Liz estaban, a partir de entonces, atados el uno al otro, pensó Fran, sonriendo.

La ceremonia había sido preciosa. Como era el día de San Valentín, la casa de los Marchetti estaba decorada en tonos rojos. Incluso el novio llevaba una corbata de ese color. La novia estaba radiante con un vestido de seda de color marfil, pero su dama de honor, Samantha Taylor, llevaba un vestido de terciopelo rojo.

La cena también había sido perfecta y ella se sintió aliviada cuando los novios le dieron las gracias. Había preparado lenguado con salsa de champán, pollo con trufas y originales canapés con virutas de salmón.

Fran suspiró, pensando en aquel hermoso día de San Valentín. Hasta que ocurrió lo de Colin, el día de los enamorados siempre le había parecido un día especial.

Y aquel día... Aquel día pasaría como cualquier otro, se dijo. Los días de San Valentín se habían terminado para Fran Carlino.

Pero estaba en terreno resbaladizo: día de los enamorados, una boda, Alex Marchetti cerca de ella...

Él se mostraba amable, pero reservado. Y Fran no pudo evitar sentirse decepcionada.

La casa de los Marchetti era enorme, estilo rancho californiano y cada vez que tenía que ir al cuarto de baño, Fran tenía que resistir la tentación de dejar un rastro de migas de pan para no perderse a la vuelta. La familia de Alex había quitado todos los muebles del salón para colocar cuatro mesas redondas para diez personas cada una.

Flo Marchetti se había encargado de todo, desde los manteles de lino blanco hasta los centros de rosas rojas. Había flores por toda la casa y el fragante perfume llenaba el ambiente. Una tarta de tres

pisos decorada con lazos de gasa sería el toque final.

Alex había estado sentado a su lado, pero al terminar la cena se levantó para ir a hacerse las pertinentes fotografías familiares.

Y, unos minutos después, Flo apareció a su lado.

–¿Te importa si me siento? Llevo toda la noche intentando hablar contigo.

–Por favor –sonrió Fran.

–Quería darte las gracias por todo. El banquete ha sido un éxito.

–De nada. Me alegro mucho de que haya gustado.

–La verdad es que no solo ha gustado la comida. Todo el mundo me está preguntando quién eres. Estás muy guapa, Fran –dijo la mujer–. Me encanta ese vestido.

–Gracias.

Fran había comprado el vestido de seda color crema el día anterior, pero prefería no decírselo. No quería que Flo pensara que quería impresionar a nadie. Aunque era cierto.

Flo Marchetti debía tener unos sesenta años, pero parecía más joven. Era delgada y medía casi diez centímetros más que ella. Con el pelo gris, recogido en un elegante moño francés, era la viva imagen del estilo.

–Tú también estás muy guapa.

–Muchas gracias. Como mis hijos sigan casándose, tendré un armario lleno de vestidos de fiesta que solo me puedo poner una vez.

–Sé que te encanta que tus hijos se casen –rio Fran.

–La verdad es que sí. Además, para la boda de Rosie no tuve que comprar un vestido porque se casó en Reno sin decir nada a nadie.

–¿En serio? No lo sabía.

–¿No te ha contado la historia? Pues es muy romántica.

–Algún día le diré que me la cuente.

–En fin, solo me quedan dos solteros –suspiró la mujer.

¿Sabría Flo que Alex no pensaba casarse nunca?

–Sí, claro.

–¿Alex y tú lo pasasteis bien en la cabaña? Estábamos todos muy ocupados organizando la boda y él era el único que podía rescatarte.

Fran estudió el rostro radiante de la mujer para comprobar si lo decía con segundas. Nick era el padrino, pero estuvo a punto de

preguntar qué tenía que hacer Luke para no poder ir. Pero al final se encogió de hombros.

No podía decir que lo habían pasado bien. Al menos, por la noche. Saber que Alex estaba tan cerca y no poder tocarlo... Afortunadamente, las carreteras estaban limpias al día siguiente y había podido marcharse. ¿Marcharse? Una retirada vergonzosa lo definiría mejor.

–La cabaña es preciosa.

–No voy a pedirte detalles –rio Flo–. Pero, ¿podemos hablar sobre tus tácticas de negociación con mi hijo?

–¿Te refieres al beso del otro día?

–Exactamente. Me pareció una idea estupenda.

–¿En serio?

–Desde luego. Lo convenciste para que hiciera lo que tú querías y hay que tener talento para eso. Sobre todo, siendo tu jefe. Aunque es arriesgado.

–Un riesgo calculado –sonrió Fran–. Nunca he trabajado para nadie más serio y responsable que Alex.

Por no decir guapísimo, seductor y excitante.

–¿Mi hijo sabe que estás enamorada de él?

Fran estaba tomando un sorbo de agua y se atragantó. Flo tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

–Por favor, no vuelvas a decir nada parecido cuando estoy bebiendo.

–¿Te he asustado?

–No. Pero la verdad es que entre nosotros no hay nada más que una buena relación profesional.

Quizá era cierto, pero el pulso de Fran se había acelerado.

–Soy su madre, cariño. Puedes contarme lo que pasa entre mi hijo y tú.

–No pasa nada. De verdad –protestó Fran.

–Pero a ti te gustaría que pasara.

–No. Bueno, no sé. Quizá –murmuró ella. ¿Enamorada? ¿Y por qué estaba hablando de eso precisamente con la madre de Alex? Era ridículo–. Da igual lo que sienta o no sienta. Alex me contó lo de Beth.

Flo se quedó pensativa un momento.

–Sí, claro. Beth.

–¿Qué?

–No, nada. Era una chica encantadora. Fue una tragedia lo que pasó.

–¿Cómo era?

–Guapísima. Era profesora de guardería y lo que le gustaba de verdad eran los niños, la familia. Era una chica muy generosa, siempre pendiente de los deseos de Alex.

Fran tuvo la impresión de que Flo no aprobaba esa actitud del todo.

–¿Y eso es malo?

–No –contestó la mujer, pero no parecía convencida–. Quizá era demasiado generosa a veces.

–No entiendo.

–Perdona, Fran. Mi marido me está llamando y eso puede significar dos cosas: que es hora de cerrar la boca o que Joe y Liz están a punto de cortar la tarta.

–Ah, es verdad, la tarta.

–Me ha gustado mucho hablar contigo. ¿Podemos seguir hablando más tarde?

–Por supuesto.

Fran no podía dejar de mirar a Alex. Estaba más guapo que nunca. Con el esmoquin y la sonrisa en los labios, le parecía el hombre más seductor del mundo. Tenía un aspecto de niño malo que hasta ese momento le había pasado desapercibido. Y, de repente, le temblaron las piernas. Tanto, que si no hubiera estado sentada, se habría caído al suelo.

¿Tendría razón Flo? ¿Estaba enamorada de aquel hombre? ¿Por qué si no iban a temblarle las piernas?

Y, lo más importante, ¿sentiría Alex lo mismo?

Pero ella no era su tipo. Beth era alta, rubia y con cara de ángel. Fran era bajita, morena y no tenía nada de angelical. Era exactamente lo contrario de la mujer a la que Alex había amado. ¿Tendría alguna oportunidad con él?

Por mucho que se tiñera el pelo de rubio, el asunto de ser angelical y generosa... Imposible, pensó, suspirando. Pero podría intentarlo durante veinticuatro horas, para ver cómo funcionaba.

Cuando terminó la sesión de fotografías, Alex buscó a Fran y la encontró cortando la tarta. Joe y Liz habían hecho el corte

tradicional y del resto se encargaba ella.

–Hola. ¿Quieres un café?

–Sí. ¿Lo tomamos juntos? –preguntó él.

–Muy bien.

Un segundo después, Fran le servía una taza de café con una gotita de leche, sin azúcar.

Alex la miró, sorprendido. ¿Por qué estaba siendo tan servicial?

–Gracias.

–A tu servicio –sonrió ella.

Estaba a punto de desmayarse. Aquella era una faceta de Fran Carlino que no conocía. Y no estaba seguro de que le gustase.

–¿De qué hablabas con mi madre?

–Pues... ya sabes, de la boda y esas cosas.

–¿No me digas?

–¿Estabas observándonos?

–Por supuesto.

–¿Por qué? ¿Tienes la obligación de vigilarme?

Allí estaba de nuevo su Fran. ¿Su Fran? ¿Por qué había pensado eso? No podía estar enamorado de ella. Él era un Marchetti y los Marchetti solo se enamoraban una vez en la vida.

En ese momento, recordó a Beth y su constante deseo de complacerlo. De repente se dio cuenta de que hacía tiempo que no la echaba de menos. Beth siempre tendría un sitio en su corazón, pero ya no lo tenía cerrado como antes.

–¿Quieres ver el jardín?

Fran lo pensó un momento.

–Sí. No he tenido tiempo de verlo.

Alex se levantó y tomó su mano.

–Ven conmigo.

–Por supuesto, oh valeroso líder.

Él levantó los ojos al cielo, sonriendo.

–Este es el patio y allí está la piscina.

–Qué bonito –murmuró Fran, mirando el cielo cubierto de estrellas–. Qué noche más hermosa.

–¿Tienes frío? –preguntó Alex entonces, quitándose la chaqueta.

–Gracias –sonrió ella, sujetando las solapas contra su pecho.

–¿Qué te ha parecido la ceremonia?

–Preciosa. Todo ha salido muy bien.

–¿Y de qué hablabas con mi madre? En serio.

–De ti –contestó Fran–. Entre otras cosas.

–Oh, cielos. ¿Y qué te ha dicho?

–Me ha dicho que aprobaba mis técnicas de negociación.

El beso que había despertado mil sentimientos, pensó Alex.

Pero no debía pensar en eso. La noche de la cabaña había tenido que hacer un esfuerzo para no llamar a su puerta y no sería buena idea volver a meterse en ese embrollo. Durante los días siguientes había pensado en ella las veinticuatro horas. Incluso en sus sueños lo quemaba el recuerdo de su boca. Pero cuando se despertaba, sus brazos estaban vacíos y su cama, fría.

Pero nunca tenía frío cuando Fran estaba cerca.

–¿Qué más ha dicho mi madre? –preguntó, intentando disipar aquellos pensamientos.

–Muchas cosas –contestó ella, sin mirarlo–. Te has dejado la tarta dentro. Iré a buscarla.

Alex sintió frío de repente. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba la Fran que él conocía, la que antes le tiraría la tarta a la cara que servírsela en bandeja? ¿Qué había pasado con la atronadora jefe de cocina que se negaba a abrir su corazón para un hombre?

Y, sobre todo, ¿por qué empezaba a pensar en casarse con ella?

–No te molestes –murmuró–. Será mejor que volvamos dentro.

Capítulo 11

TENGO un problema, mamá.

Fran empezó a hablar antes de cerrar la puerta de la casa. Era el día después de la boda. Incapaz de concentrarse, se había marchado del trabajo una hora antes sin despedirse de Alex.

–¿Tienes un problema? –repitió Aurora Carlino, atónita.

–Estoy confusa.

Su madre le pasó un brazo por los hombros.

–Vamos a la cocina y podrás contármelo, cariño.

–Es Alex –suspiró Fran, una vez sentada.

–Ya me lo imaginaba –dijo Aurora, poniendo la cafetera–. Estás enamorada de él. Pero no sé por qué es un problema.

–No estoy enamorada de él –protestó Fran–. Mis miedos se han hecho realidad, mamá. Me he convertido en una mujer del siglo pasado. ¡Le he dicho que podía llevar su ropa a la tintorería!

Aurora se sentó frente a su hija.

–No te entiendo.

Fran tomó una galleta y la mordió, distraídamente.

–Alex está enamorado de otra mujer.

–¡Será...!

–No es eso. Esa mujer ha muerto, pero él no ha podido olvidarla.

–Ah, qué pena. Pero, ¿qué tiene eso que ver con la tintorería?

–Yo no soy como ella, mamá. Beth era perfecta. Un ángel. Alta, rubia, de ojos azules...

–¿Y tú cómo sabes que los ángeles tienen los ojos azules?

–No creo que los ángeles sean bajitos, morenos y no muy delgados. Estoy hablando de cómo era Beth, mamá.

–¿Y cómo era?

–Perfecta.

–Nadie es perfecto.

Fran suspiró de nuevo.

–Si Alex estuviera aquí, yo le estaría sirviendo el café porque eso es lo que ella habría hecho. Beth era profesora de guardería y estaba loca por tener hijos. Y yo, desde que conocí a Alex no he hecho más que decirle que soy una profesional, que no quiero saber nada del amor, que no me interesan los hombres...

Su madre se levantó en ese momento. Aurora Carlino nunca estaba sentada más de dos minutos. Y no solo por su marido. Servía a sus hijos, a sus vecinos...

–Mamá, siéntate.

–Espera, voy a sacar un poco de mantequilla para las galletas.

–No, déjalo. Si quiero algo, yo misma me levantaré.

–Pero a mí me gusta hacerlo, cariño.

–No quiero que trabajes tanto.

–No es un trabajo. Esas cosas no molestan cuando se hacen por alguien a quien quieres.

–¿Por eso sirves a papá y a mis hermanos como si fueras su criada?

–¿Una criada? –rio Aurora–. No seas tonta. Me gusta ver feliz a mi gente. Tu padre llega cansado a casa y a mí me encanta hacerle la vida agradable.

Fran se quedó pensativa. Siempre había sabido que sus padres se querían, pero seguía sin entender la actitud de su madre.

–Ya.

–No es ningún secreto que tu padre quiere que te cases y tengas niños. Y yo también. Pero solo si estás enamorada.

Fran sabía que estaba enamorada de su jefe. Pero sus posibilidades de un final feliz eran nulas.

–Es que yo...

–Pero ninguno de los dos quiere que dejes tu trabajo para casarte. Tu padre es un poco anticuado, pero no le gustaría. No te lo dice, pero yo sé que está orgulloso de ti –empezó a decir su madre–. Yo siempre he sido ama de casa y me gusta serlo. Pero a veces me he preguntado si hubiera sido más feliz trabajando, teniendo una carrera como tú.

–No lo creo, mamá.

La puerta de la calle se abrió en ese momento.

–¡Estoy en casa! –escucharon la voz de su padre–. ¡Hola! ¡Mis dos chicas favoritas, qué sorpresa! –exclamó el hombre, besando a Fran

en la mejilla y a su mujer, en los labios.

–Por favor, papá. Un poco de decoro.

–Esto es lo que yo quiero para ti, Frannie.

–¿Qué?

–Un hombre que te quiera, con el que compartas tu vida. Un trabajo no lo es todo, hija. Solo sirve para tener un techo y comida en la mesa.

–Aunque sea comida congelada –suspiró Fran.

–Oye, que por lo visto se gana mucho dinero con eso –sonrió su padre–. Te va a ir muy bien, ya lo verás.

–Es la primera vez que me dices eso, papá. Nunca me has valorado como a mis hermanos...

–Fran, yo soy un poco bruto para algunas cosas –la interrumpió él–. Pero siempre me he sentido orgulloso de ti.

–¿De verdad?

–El otro día hablé con tu madre y me explicó algunas cosas. Quizá he sido demasiado estricto contigo, pero la verdad es que tú eres la que tiene más personalidad. Más que tus hermanos. Y me siento orgulloso de ti. Pero sigo queriendo que encuentres un hombre que te quiera, Fran. Un hombre que te quiera tanto como yo quiero a tu madre.

De repente, Fran lo entendió todo. Su padre no estaba en contra de su trabajo. Lo que quería era que, además, tuviera una vida feliz.

–Dame un beso.

Leo Carlino abrazó a su hija y la besó en la frente.

–Te quiero mucho, Frannie.

–Yo también, papá.

Y también quería a Alex. Pero no podía cambiar por él. No era justo para ninguno de los dos. Y tendría que decírselo.

Alex miró el reloj de su escritorio. Eran las seis de la tarde y tenía que ir a buscar a su madre. Habían quedado para cenar.

Pero cuando se levantó para tomar la chaqueta, vio a Fran en la puerta.

Desde el día anterior, parecía haberse vuelto esquizofrénica y Alex no sabía con qué Fran iba a encontrarse, la Fran de todos los días, la princesa guerrera, o aquella nueva Fran, la chica amable y

servicial que lo ponía nervioso.

–Hola.

–¿Te marchas? –preguntó ella.

–Sí. Tengo una cita con...

–Ah, entonces hablaremos otro día. Adiós.

–No, tengo cinco minutos –dijo Alex–. ¿De qué querías hablar?

Fran estaba en medio de la oficina con los brazos cruzados. La vulnerabilidad que veía en sus ojos le encogía el corazón y le hubiera gustado tomarla entre sus brazos. Quería protegerla, cuidar de ella... Y eso era lo que lo molestaba. Aquella no era la Fran que conocía, la que le hacía hervir la sangre.

La Fran de la que se había enamorado.

–No quiero que llegues tarde.

–No te preocupes.

–Me quedan tres semanas de contrato, Alex.

–Lo sé. Tenemos que hablar...

–Solo quería recordarte que necesitaré una carta de recomendación –lo interrumpió ella.

–¿Qué?

–Tengo que buscar otro trabajo. Acepté el contrato porque era una buena experiencia y ya he aprendido lo que quería aprender, así que...

–¿Te marchas?

–Mi contrato se termina dentro de tres semanas.

–¿Y si yo quiero renovarlo?

–Tendría que decirte que no.

–¿Por qué?

–Pues... ya sabes.

–¿No te gusta trabajar aquí?

–Me gusta mucho. Ha sido una experiencia estupenda.

–¿Tienes alguna otra oferta?

–No –sonrió Fran–. Pero espero tenerlas.

–Si es por el sueldo...

–No, el sueldo es muy generoso.

–Entonces, dame la oportunidad de renegociar el contrato.

–No –dijo ella con firmeza.

–¿Por qué? ¿Es que prefieres cocinar para doscientos ancianos en una residencia? ¿Qué te pasa, Fran?

–¡Me pasan muchas cosas! –exclamó ella entonces–. Para empezar, no quiero renovar mi contrato porque aquí no hay sitio para mí.

–¿De qué estás hablando?

–Puede que un día te tire un vaso de leche, o que te haga trampas para conseguir lo que quiero. Siempre digo lo que pienso y no me gusta que ningún hombre me obligue a hacer nada. No puedo cambiar mi forma de ser, Alex –empezó a decir ella, de carrerilla, dejándolo atónito–. Y, además, no quiero cambiar. Ni por ti, ni por nadie.

–Yo nunca te he pedido que cambies –dijo Alex, perplejo.

No quería que cambiase. Nunca. ¿Por qué le decía aquello?

Fran se volvió y a él le pareció ver lágrimas en sus ojos.

–Muy bien. Pues no tenemos nada más que decir. Cuando termine mi contrato, espero que me des una carta de recomendación.

Fran desapareció, dejándolo con la boca abierta. Le hubiera gustado pedirle que se quedara, pero no se había atrevido.

Una vocecita le decía que si lo hacía, cruzaría una línea muy peligrosa y no podría dar marcha atrás. De modo que no dijo nada.

Fran nunca había sido suya, pero le dolía como si la hubiera perdido para siempre.

Capítulo 12

QUE SOY un idiota?

Furioso, Alex miró a su madre, sentada frente a él en el restaurante. Esperaba animarse cenando con ella, pero se había equivocado.

–Me duele decirlo, pero esa es la verdad.

Alex le había explicado a Flo lo que su preciosa jefe de cocina le había dicho por la tarde y esperaba un poco de comprensión, pero su respuesta había sido un insulto.

–Muy bien. ¿Por qué soy un idiota?

–Deberías haberle pedido que se quedara.

–Le dije que podríamos renegociar el contrato, pero ella no quiso.

–¿No te dio una explicación?

–Dijo que no pensaba cambiar por ningún hombre.

Su madre lo miró con los ojos entrecerrados.

–Ajá.

–¿Qué quieres decir con eso?

Flo tomó un sorbo de vino.

–Parece que la fruta nunca cae lejos del árbol. Y quizá es culpa mía.

–¿Te importaría dejarte de acertijos? –exclamó Alex, irritado.

–Me parece que es culpa mía que Fran quiera marcharse.

–¿Por qué? –preguntó él, sorprendido.

–Porque está enamorada de ti.

¿Fran estaba enamorada de él? La idea hizo que su corazón empezara a latir con violencia. Pero no podía creerlo. O quizá no quería creerlo. Si lo hacía, tendría que admitir que él también estaba enamorado de ella.

–Mamá, empieza por el principio.

Flo tomó un trozo de pan y empezó a desmigajarlo, nerviosa.

–El día de la boda hablé con ella.

–Eso ya lo sé. ¿Y?
–Me di cuenta de que había algo entre vosotros.
–De acuerdo. ¿Y qué tiene eso que ver?
–Fran me preguntó cómo era Beth.
–¿Y qué le dijiste?
–La verdad. Que Beth era encantadora y muy servicial. Demasiado servicial.
–¿Qué quiere decir eso, mamá?
–Vamos, Alex. No quiero hablar mal de una persona que ya no está, pero Beth te trataba como si fueras su hijo. Era tan encantadora, tan generosa, tan buena que todos nos sentíamos como unos trogloditas a su lado.
–¿Lo estás diciendo en serio?
–Me temo que sí. Nos hacía sentir inadecuados, egoístas. Había algo en ella que... no es que no me gustase, pero me parecía demasiado angelical.
–¿Por qué nadie me lo dijo antes?
En realidad, él lo había pensado alguna vez, pero no había querido darle vueltas al asunto. Recordaba que intentaba darle cosas a Beth, pero siempre le parecía que no le daba lo suficiente.
–Porque te habrías puesto a la defensiva –contestó su madre–. Mira, Alex, tengo que preguntarte una cosa.
–¿Qué?
–¿Beth te habría hecho verdaderamente feliz? No, déjalo. No hace falta que me contestes. Comprendo que es una pregunta estúpida.
Alex asintió, pensativo.
–Me parece que te entiendo.
–Hay algo más. Sobre Fran.
–Déjalo, mamá.
–No puedo. Le dije que ella era muy diferente de Beth y lo decía en su favor. Pero me temo que ella lo entendió al revés –suspiró la mujer–. Lo que yo quería decirle era que nunca te había visto tan feliz, hijo.
Por eso Fran se había transformado el día de la boda, pensó Alex. Y también explicaba su amabilidad, que se hubiera ofrecido a llevar su ropa a la tintorería... Estaba intentando ser servicial. Estaba intentando ser Beth.
Y entonces Alex lo entendió todo.

La razón por la que amaba a Fran era precisamente por las diferencias entre Beth y ella. Era su espíritu, su carácter lo que la hacía diferente, especial.

¿Ella lo amaba también? ¿Por eso le había dicho que nunca podría cambiar? ¿Por eso quería marcharse, porque pensaba que nunca sería suficiente para él?

–Tienes razón, mamá. He sido un idiota. Y espero que no sea demasiado tarde.

Con el corazón partido, Fran se detuvo frente a la puerta de su apartamento. Llevaba una barra de pan en la mano, pero no le apetecía hacer la cena. No le apetecía hacer nada.

Aquella mañana, cuando la secretaria de Alex le dio la carta de recomendación se dio cuenta de cómo había deseado que él le pidiera que se quedara. Cómo había deseado que le dijera que la amaba.

–Eres una idiota, Fran Carlino –murmuró para sí misma mientras sacaba las llaves. Pero cuando las metió en la cerradura, se percató de que la puerta estaba abierta.

¿Quién estaba dentro? ¿Habrían intentado robar?

Con cuidado, asomó la cabeza por el pasillo y escuchó una maldición que llegaba de la cocina. Era una voz de hombre. Una voz conocida.

–¡Alex! –exclamó, entrando en el salón.

Él se dio la vuelta, sonriendo.

–¿Vas a dispararme con la barra de pan?

A Fran le hubiera gustado darle con ella en la cabeza.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Necesitaba...

–¿Y cómo has entrado?

–El portero...

–¿Qué estás haciendo en mi cocina?

Fran miró alrededor. Había varios paquetes de pasta, platos con salsa, bandejas sucias...

–Pues verás...

–Espero que puedas darme una explicación –volvió a interrumpirlo ella.

–Si dejas de interrumpirme...

–Muy bien. ¿Qué haces aquí?

–Soy tu jefe y he venido para que tuvieras la cena hecha cuando llegases a casa. Es mi forma de darte las gracias.

–No te entiendo.

–Es una forma de mostrarte mi respeto y admiración.

–Si querías que me fuera antes de que terminara mi contrato, solo tenías que decirlo –dijo Fran entonces–. Tengo la carta de recomendación, muchas gracias.

–La dicté ayer, cuando te fuiste. Y no he tenido tiempo de decirle a Joyce que no te la diera. No quiero que te marches, Fran.

–¿Cómo has entrado en mi apartamento?

En realidad, le daba igual. Solo quería seguir hablando. ¿Qué había dicho Alex, que no quería que se fuera? ¿Que la admiraba, que la respetaba? Fran tenía el corazón tan acelerado que apenas podía pensar.

–Convencí a tu portero.

–Voy a tener que hablar con él muy seriamente –murmuró ella–. ¿Y qué estás haciendo en mi cocina?

–Intentado hacer la cena. Quiero que sea perfecta.

–¿Quieres convencerme para que me quede en la empresa o...?

–Las dos cosas –la interrumpió Alex.

¿Qué había querido decir?

–No puedo quedarme –dijo Fran, confusa.

–¿Por qué no?

Porque se le rompería el corazón cada día. Porque no podría soportar estar enamorada de él, sabiendo que Alex nunca podría amarla.

–No puedo.

Él se acercó y le quitó la barra de pan de la mano.

–Mira, Fran, yo creo que eres perfecta. Eres la mejor jefe de cocina que he visto nunca. Eres preciosa...

–¿Estamos hablando de trabajo o qué?

–Encantadora, adorable, testaruda. Y te agradecería mucho que siguieras trabajando para mí.

–Alex, no puedo...

De repente, él tomó su bolso con todo el descaro del mundo y buscó la carta de recomendación. Cuando la encontró, la rompió en

pedacitos.

–Ya está.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque no quiero que te vayas.

–No soy la mujer perfecta para ti. Aunque lo intentase, no lo conseguiría. Tú mismo lo has dicho. No quieres que cambie.

–¿Para qué vas a cambiar si ya eres perfecta, Fran? –sonrió él, tomando su cara entre las manos–. No cambies nunca, por favor.

Y entonces, inclinó la cabeza para apoderarse de su boca.

A pesar de todo, una llama de esperanza brillaba en el corazón de Fran. Pero no podía ser... Él le había dicho que nunca podría amar a nadie.

–Me importas mucho, Alex, pero no podría cambiar aunque quisiera...

–¿Me quieres?

Fran dudó un momento. ¿Debía decirle la verdad?

–Sí –contestó por fin.

Alex cerró los ojos un momento, suspirando.

–¿Sabes una cosa? Lo del otro día, cuando te pusiste tan amable y servicial me enseñó algo.

–¿Qué?

–Algo sobre Beth –empezó a decir él, pasándose la mano por el pelo–. La quería mucho, pero no habría sido feliz con ella. Era demasiado perfecta. Lo daba todo y cuando yo intentaba darle algo... era imposible. Me sentía inadecuado, abrumado por su generosidad. Creo que no retrasé la boda porque estaba concentrado en mi trabajo, sino porque, en el fondo, tenía serias dudas. Quizá inconscientemente no quería casarme con ella.

–Entonces... ¿ya no te sientes culpable, no te sientes atado?

–Ya no, Fran. Gracias a ti.

–¿Gracias a mí? Tú mismo has dicho que los Marchetti solo se enamoran una vez en la vida.

–Solo se enamoran de verdad una vez en la vida. Lo que Beth y yo sentíamos el uno por el otro no era verdadero amor. En cuanto te vi, fue como si entrase una luz en mi vida, Fran. No quería creer que estaba enamorado de ti porque me daba miedo, pero estando a tu lado es imposible no enamorarse.

–¿De verdad?

–De verdad –sonrió Alex–. Conocerte ha sido como volver a la vida. Me apartaba de ti porque tenía miedo de amarte, pero no lo puedo evitar. Y ya no lo quiero evitar.

–¿Qué estás intentando decirme?

–Que te quiero, Frannie Carlino. Aunque no te guste el diminutivo. Te quiero mucho y no quiero que cambies en absoluto.

Fran enredó los brazos alrededor de su cuello, incrédula.

–Yo también me estaba escondiendo, Alex. Tenía miedo de que ocurriera lo que me pasó con Colin. Tenía tanto miedo de no encontrar nunca lo que buscaba que ni siquiera quería buscar. Pero tú eres todo lo que he soñado siempre.

–Pues ya me tienes. Quiero que te cases conmigo. Por favor, di que sí –murmuró él, tomándola entre sus brazos con tanta fuerza que casi le hacía daño–. Te prometo que si te conviertes en una Marchetti, nuestro matrimonio será una sociedad al cincuenta por ciento.

¿Cómo podía negarse? Su madre tenía razón. Podía tenerlo todo. Y, además, con el hombre de sus sueños.

–Me encantaría casarme contigo. Te quiero y deseo hacerte feliz, cariño. Más que nada en el mundo.

–Gracias a Dios –suspiró él.

Sus palabras iluminaron el corazón de Fran. Una luz que le duraría toda la vida. Se sentía tan feliz que había recuperado el sentido del humor.

–¿No querrás convertirme en miembro de la familia Marchetti para no tener que llamar «Carlino» a mis deliciosas recetas congeladas?

–Es posible –rio él–. Aunque mis razones para querer convertirte en una Marchetti son mucho más «personales», querida.

Alex volvió a besarla y Fran se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Tenía a Alex y juntos habían descubierto que el amor era el ingrediente secreto para que la receta de la felicidad eterna fuera un éxito.